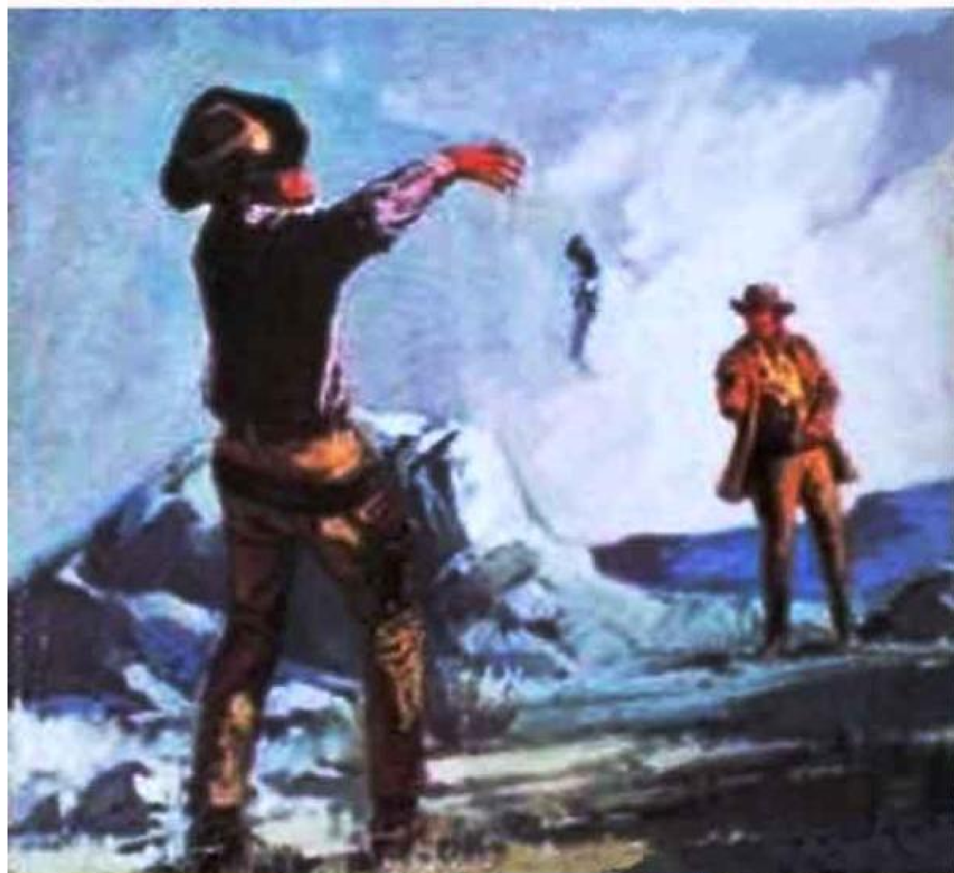
BOLSILIBROS BRUGUERA

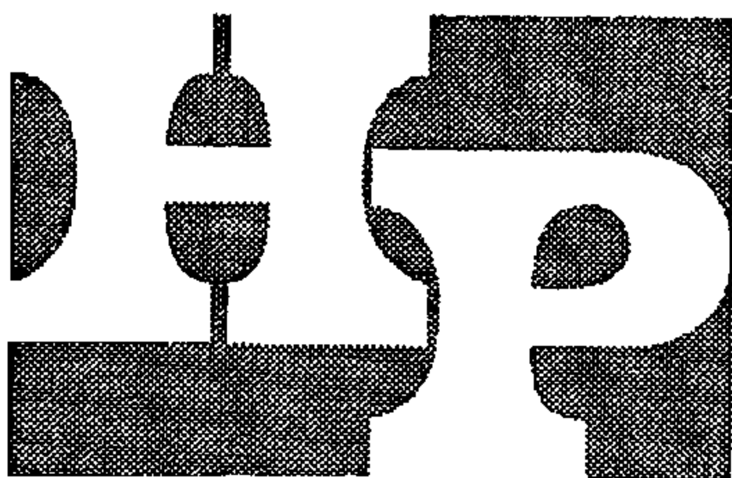
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

UN AS EN LA MANGA







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UN AS EN LA MANGA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 246
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 31151-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: septiembre, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—Tú no me quieres, Doris —dijo Sammy Hans.

—Lo has acertado, tipo listo. Así que lo mejor es que des media vuelta y te largues. Me está esperando la clientela abajo.

Sammy Hans sintió que la ira se apoderaba de él. Doris era la mujer de sus sueños, pero lo malo era que la chica trabajaba como girl en aquel cafetín del puerto de Nueva Orleans, llamado El Ojo Parpadeante.

Doris, una muchacha de unos veintiséis años, con un cuerpo muy atractivo y una cara picaresca, se dirigió hacia la puerta del reservado para marcharse.

Sammy Hans saltó de la silla y logró atrapar a Doris antes que ella llegase a la puerta.

—Cuidado, marinero. Si me haces daño te la cargas. No podrás entrar en el cafetín.

—¿Qué harías, Doris?

—Tú lo sabes bien. El patrón tiene un buen servicio de matones… Te sacarán de aquí, y ya sabes lo que hacen en el callejón con los clientes que molestan a las muchachas y no gastan su dinero.

—¿Es eso verdad, Doris? No quieres saber nada de mí porque no tengo dinero.

—Sammy, tú lo has dicho muchas veces… En este cochino mundo se necesita plata… Tú estás aquí por la cara.

—Gasté un dólar contigo.

Doris rió con sarcasmo.

—Un dólar. El muchachito gastó un dólar con su reina… ¿Qué fue lo que me ofreciste? ¿Una corona? ¿O unos pendientes de brillantes?

—No te burles.

—Está bien. No me burlaré… Deja de apretarme el brazo. Sabes que en seguida me salen cardenales y una pierde clientes.

—Doris, mi barco no sale hasta las nueve. Faltan seis horas. Sólo quiero que estés ese tiempo conmigo… Te pido bien poco.

—Seis horas para mí es mucho, querido. Puedo ganar diez o quince dólares con otros hombres menos empobrecidos que tú.

—¡No me quemes la sangre, Doris! Ellos están contigo para pasar el rato… Yo siento por ti otra cosa…

—Sammy, ¿por qué no bajas de la nube y pones tus pies en la tierra? Ya hace un año que estás con la monserga. Cada vez que tu barco llega a Nueva Orleans, me repites lo mismo…

> «Te quiero, Doris. Muy pronto tendré dinero y entonces te sacaré de este antro».

—Es la verdad… Te sacaré de aquí.

—Claro, tú me sacarás de aquí dentro de cuarenta o cincuenta años. Cuando los dos seamos viejecitos. Anda, y lárgate a hacerte un hombre.

Sammy levantó la mano para golpear a la joven. Pero ella, en vez de cubrirse, volvió a desafiarle:

—Cuidado, Sammy, o no te lo perdonaré.

Sammy bajó el brazo porque pensó que Doris llevaría a cabo su amenaza, que podría gritar y en unos minutos se llegarían allí los matones.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Doris aprovechó la oportunidad para abrir. Al otro lado, en el corredor, había un caballero de unos cuarenta años, bien vestido, cara agradable.

—¿Sammy Hans? —dijo.

—Aquí lo tiene —contestó Doris—. Quédeselo enterito para usted. La joven echó a andar por el corredor.

—¡Doris…! ¡Espera! —gritó Sammy Hans.

Doris continuó su camino por el corredor sin volver la cabeza. Sammy sintió el impulso de ir tras ella, pero el desconocido le interrumpió el camino.

—Es usted Sammy Hans, ¿verdad?

—Sí —contestó Sammy con rabia.

—Quiero hablar con usted.

—Ya hablaron otros conmigo. Hay falta de marineros. Pero estoy contento en el Nebraska, de modo que, búsquese otro.

—No pretendo sacarlo del Nebraska. Todo lo contrario. Si yo supiese que usted no se iba a embarcar en el Nebraska esta noche, no podría contratarlo.

Sammy Hans arrugó el ceño.

—¿De qué se trata?

El desconocido miró a una parte y otra del corredor y, aunque no había nadie, dijo:

—Pasemos dentro y lo sabrá. El desconocido no esperó a que Sammy lo invitara a entrar.

Sammy se introdujo en el reservado, cerró la puerta y dijo:

—Hable.

El desconocido se quitó el sombrero. Tenía el cabello gris.

—El Nebraska saldrá esta noche a las nueve hacia varios puertos de Texas. Gaveston, Matagorda y Corpus Christi.

—Le falta agregar que también tocaremos en México, Tampico y Veracruz.

—No me interesa, porque yo me quedo en Corpus Christi.

—Está bien, amigo. Continúe.

—Viajo con mi sobrina. Ella es Selena Atkinson. Dieciocho años, morena, muy bonita…

—Enhorabuena. ¿Es usted también Atkinson?

—Sí. Mi nombre es Clive Atkinson. Desde hace años administro las propiedades de mi sobrina, un rancho y algunas otras cosillas.

—Se le ve a usted un tipo potentado —dijo Sammy Hans, a quien no había pasado inadvertida la cadena de oro del reloj, el anillo de brillantes, y otro con un rubí que exhibía su interlocutor.

—No, amigo Sammy, no soy un potentado puesto que sólo tengo un sueldo y un pequeño tanto por ciento sobre los beneficios anuales… Ya le he dicho que todo pertenece a mi sobrina.

—¿Casada?

—No. Todavía no encontró al hombre de su vida.

—Podría ser usted. No sería el primer tío que se casa con su sobrina.

—No, no sería el primero. Pero me temo que mi sobrina tiene

otra idea del hombre ideal.

—Entiendo. Se refiere a su tripa… Debería hacer un poco de gimnasia. Dicen que se rebaja el vientre.

—No continúe, Sammy. Hace algún tiempo me hice ilusión de que podría enamorar a Selena y todos mis actos estuvieron encaminados a ello.

—Pero fracasó.

—Confieso que absolutamente.

—Le comprendo, señor Atkinson. Usted quiere pasar ante su sobrina como un héroe. En el barco yo me hago el pesado con su sobrina… Me la llevo a la bodega, y usted, en el momento oportuno, aparece, y me suelta un puñetazo de los que hacen época. Me paga unos dólares, usted se convierte en un tipo romántico y ya puede aspirar a la mano de la linda muchachita.

—Como inventor de melodramas es usted muy malo, Sammy. No es eso.

—¿No?

—No, y será mejor que se calle.

—Está bien. Usted tiene la palabra.

—Si fuese la mitad de listo que cree ser, ya lo habría adivinado, Sammy. Le dije al principio que desembarcaré sólo en Corpus Christi. Sammy se quedó de muestra.

Los labios de Clive Atkinson sonrieron.

—¿Necesito decirle otra vez que mi sobrina y yo saldremos esta noche en el Nebraska?

—Ahora está todo claro. Usted quiere que la chica se muera en el camino… Me temo que ha elegido mal.

—¿Por qué dice eso, Sammy? ¿Es que las personas no sufren accidentes? ¿No lee los periódicos? Todos los días hay ciudadanos que se caen mientras toman el baño, en la escalera, o que son atropellados por esos diabólicos tranvías de caballos.

—Sí, señor Atkinson. Confieso que hay muchos accidentes.

—No me negará que en un barco también ocurren.

—Sin ir más lejos hace cinco días, a un compañero mío le golpeó una polea mientras desembarcábamos mercancía en Galveston… Pobre Paul, su cabeza quedó deshecha.

Atkinson dio un suspiro.

—Tengo el presentimiento de que mi sobrina Selena va a sufrir

un accidente en su barco, ¿no cree usted, señor Hans?

—Podría ser.

—Ha de ser.

Sammy se masajeó el mentón.

—Oiga, yo hago muchas cosas, pero nunca he matado.

—Alguna vez ha de empezar… Sé que es usted ladrón. Ha cumplido dos condenas en la penitenciaría del estado de Luisiana… Es también un pendenciero. Ha deshecho la cara a varios compañeros suyos.

—Pero le repito que no soy un asesino.

—Ahora lo será.

—Tengo mis dudas, señor Atkinson.

—Yo le daré algo para convencerlo… Dinero… Qué palabra mágica, ¿verdad, Sammy?

Sammy tragó saliva. Sólo tenía en el bolsillo veinticinco centavos. Cuando llegase al barco, había pensado pedir prestados dos dólares al contramaestre. Y recordó a Doris, la muchacha a la que había prometido redimir de aquella vida.

—¿Cuánto, señor Atkinson?

—Ya empezamos a entendernos.

—Le he preguntado cuánto.

—Quinientos.

—No diga tonterías… ¿Piensa pagarme quinientos dólares cuando usted se va a quedar con todo lo de su sobrina?

—Su trabajo va a ser fácil. No vale más de quinientos.

—No cuente conmigo, señor Atkinson. Búsquese a otro.

Hubo un silencio. Atkinson se echó a reír.

—Eres un buen negociante, Sammy —lo tuteó—. Te daré mil. Pero no trates de sacar un centavo más porque entonces no te daré nada. Te lo juro.

—Deme el dinero ahora.

—No, Sammy. Sólo te entregaré la mitad. Quinientos dólares.

—¿Y el resto?

—Cuando hayas realizado el trabajo.

—Está bien, señor Atkinson. Trato hecho.

Clive Atkinson sacó su cartera y extrajo un manojo de billetes. Sammy alargó la mano y tomó posesión del dinero. Clive Atkinson se puso el sombrero y se levantó.

—Sammy —dijo con voz ronca—. Quiero un trabajo aseado… Sin precipitaciones.

—¿Cuándo quiere que lo haga?

—Cuanto antes mejor. Debes aprovechar la primera oportunidad.

—Sí, señor.

—Suerte, muchacho.

—La tendré. No se preocupe.

Atkinson hizo un saludo con la mano y abandonó el reservado.

Sammy miró los billetes. Se echó a reír. Fue en busca de Doris. La encontró abajo, sentada a la mesa con un tipo de cabello rubio de unos cincuenta años.

El rubio acariciaba el brazo de Doris.

Sammy se puso detrás del cliente y le tocó en el hombro. El rubio levantó la cabeza y entonces, Sammy dijo:

—Váyase a dar una vuelta por ahí.

Doris habló arrastrando las palabras por entre los dientes.

—Estás cometiendo un error, Sammy.

—¿Tú crees?

—Está prohibido quitar la chica a un cliente. Lo sabes bien…

—Qué memoria la mía. Ya lo olvidé.

—Pues deberías tenerlo en cuenta porque te puede costar muy caro. Por ejemplo, una estancia de un mes en el hospital con un par de huesos rotos.

Sammy sacó tranquilamente su fajo de billetes. Se mojó los labios con la lengua y, mientras contaba aquéllos, dijo:

—Bueno, ahora podría pagarme un médico de lujo.

Doris vio el dinero, y agrandó los ojos.

—Sammy… —empezó a decir con voz emocionada.

El cliente rubio intervino:

—Eh, nena, ¿por qué no llamas de una vez a los empleados y sacan a este entrometido en carretilla?

Sammy miró a Doris con la cabeza ladeada.

—Contéstale, pequeña.

Doris se levantó y puso los brazos en jarras.

—Oiga, amigo —le dijo al rubio—, ¿no ve que está molestando? Sammy estaba antes que usted… ¿No sabe que le pueden romper las narices por quitar la chica a un cliente?

El rubio se quedó desconcertado. Entonces, Sammy tomó a Doris del brazo, y los dos riendo fuertemente, se encaminaron hacia la escalera que conducía a los reservados.

—Cariño —dijo Doris—, eres el hombre más estupendo que conocí. ¿De dónde sacaste tanto dinero?

—Me he convertido en un hombre de negocios… Sí, nena. Eso es lo que soy ahora. Y estos billetes que has visto son sólo parte de los beneficios.

—Sammy, mi amor —exclamó Doris poniendo toda su alma en aquellas palabras.

CAPÍTULO II

Selena Atkinson ya había terminado de hacer sus maletas. Estaba esperando a su tío Clive, el cual había salido para resolver un asunto. Del hotel irían directamente al barco para emprender el viaje a Corpus Christi.

De pronto, oyó un ruido junto a la ventana. No tuvo necesidad de volver la cabeza porque vio en el espejo lo que pasaba. Un hombre estaba entrando en su habitación.

La joven fue a gritar, pero el hombre, que ya había saltado al interior, dijo:

—Silencio, señorita.

Selena contuvo el aullido que iba a soltar. Naturalmente, aquel individuo era un ladrón, y los ladrones eran gente peligrosa, fieras, cuando eran descubiertos. Perdían el control de sí mismos y podían llegar a matar. Eso era lo que decía su libro de psicología, aquella disciplina que no le había gustado nada aprender en el Liceo Francés de Nueva Orleans.

—¿Qué quiere? —preguntó.

El hombre estaba muy serio.

—Verá, pasaba por ahí fuera y me dije: «Muchacho, ¿por qué no te llegas ahí dentro y le haces una visita a la linda muchacha que ocupa esa habitación?».

Selena lo observó. Podría tener veintiocho o veintinueve años, cara de rasgos firmes. Poseía unos ojos muy interesantes de color azul. Y también era muy interesante el hoyuelo de su mentón.

Selena interrumpió sus pensamientos diciéndose que su profesora de psicología, la señorita Fifí, los consideraría muy inmorales. No se podía pensar así de un ladrón y sobre todo, de un ladrón cínico.

—Su chiste no tiene ninguna gracia —dijo con la barbilla levantada.

Él también la estaba contemplando. ¿Contemplando?, se preguntó Selena. Ella más bien diría que la estaba midiendo porque no hacía más que mirarla de pies a cabeza.

—Ha venido a muy mal sitio, señor ladrón.

—¿Usted cree…?

—Mis joyas están guardadas… ¡Quise decir que no tengo ninguna joya!

Ojos Azules sonrió con benevolencia.

—Gracias por habérmelo dicho. Tendrá que sacarlas.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído, tendrá que sacarlas.

—Si trata de llevarse una sola de ellas, gritaré.

Él abrió su chaqueta para que ella viese el revólver que le colgaba junto al muslo derecho.

—No le aconsejo que haga eso, señorita.

—¿Sería capaz de matarme?

—Usted me convertiría en un hombre acorralado.

—Claro, en una fiera.

—Sí, señorita.

—Pero no comprendo…

—¿Qué es lo que no comprende?

—Viste bien… Hasta con elegancia diría yo.

—Muy amable.

—Y lleva en su mano un anillo de mucho precio… ¿Cómo puede robar?

—¿Es que no se ha enterado todavía de que hay ladrones ricos?

—Sí, es posible.

—Y le voy a hacer una advertencia, señorita. Los ladrones ricos somos más peligrosos. Estamos acostumbrados a la buena vida. Pero es difícil que usted comprenda eso, porque sólo debe tener dieciséis años.

—Dieciocho. He cumplido dieciocho.

—Caramba, cualquiera lo diría, está muy crecidita.

—Le ruego que silencie sus consideraciones personales acerca de mí.

—Muy bien.

—No le conviene estar aquí mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Mi tío está al llegar…

—Entonces, venga las joyas…

Ella sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Se acercó a la cama y tomó una pequeña maleta que abrió. Allí guardaba sus joyas, un collar, varios juegos de pendientes, un broche, y todo ello había costado mucho dinero porque eran de oro y piedras preciosas.

Pero también guardaba en el maletín una pequeña pistola. Se la había regalado su tío una semana antes, cuando vino por ella a Nueva Orleans.

Tío Clive le había dicho que era un regalo simbólico, puesto que ella ahora iba a vivir en Texas, en el rancho de Corpus Christi donde los hombres eran duros y violentos… Aunque, él, Clive, estaría siempre a su lado para librarla de cualquier peligro…

La vida era muy curiosa. No había tenido que enfrentarse con el primer peligro en Corpus Christi, sino en la misma ciudad de Nueva Orleans. Y su enemigo era un ladrón, con muy buenas maneras, pero con un corazón de chacal.

Su mano atrapó el arma y se volvió rápidamente.

—Manos arriba.

El hombre vio la pistola y sonrió chascando la lengua.

—Deje ese juguete, señorita.

—Que se cree usted eso.

—No creo que se atreva a disparar.

—Claro que me atreveré. Le he dicho que levante los brazos.

—Los levantaré.

Alzó los brazos y entonces preguntó:

—¿Qué va a hacer ahora?

La joven se humedeció el labio inferior con la lengua. Demonios, que no había pensado en ello. ¿Qué hacía ahora? ¿Sacaba al ladrón de allí y lo llevaba a la dirección del hotel?

No, esperaría a tío Clive. Después de todo, ya no debía de demorarse mucho.

—Quédese ahí quieto. Mi tío Clive vendrá de un momento a otro y él se ocupará de usted.

—Es usted muy inteligente. Me engañó diciendo que me iba a

dar las joyas…

—A los individuos como usted hay que tratarlos así. Confiese que esta vez no fue usted muy listo.

—No, es verdad. Usted lo fue más que yo. Pero no lo siento por mí, sino por las otras personas que dependen de mí.

—¿A qué otras personas se refiere?

—No tiene importancia. Olvídelo. Alguien se ocupará de mis siete hijos… Y mi mujer también sabrá hacer algo para sacarlos adelante.

—No le creo una palabra.

—¿Por qué no, señorita?

—Ha tratado de conmoverme.

—Parece mentira que diga eso…

—Hemos quedado antes en que era un ladrón rico. Y su aspecto lo pregona. Seguro que ha amasado un buen botín y, suponiendo que tuviese mujer y siete hijos, a ellos no les faltará nada.

—Allá usted con su conciencia. Al fin y al cabo, no nos veremos más. Su tío me llevará a la policía, ellos me encerrarán, y podrá borrar fácilmente de su pensamiento lo que ha ocurrido aquí…

La joven empezó a titubear.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió.

—Ralph Douglas. ¿Y el suyo?

—Selena Atkinson.

—Mucho gusto, señorita Atkinson.

—¡Qué tontería estamos haciendo! Sobraba esta presentación.

—Usted empezó…

—Está bien. Márchese.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Márchese.

—Gracias, señorita Atkinson —contestó Ralph y dio unos pasos hacia la puerta.

—¡Párese ahí, señor Douglas!

—¿Ya se ha arrepentido? Me ha dicho que me fuese.

—Por la ventana…

—Oh, no. Está muy alta. Podría caerme.

—¿Por qué no pensó eso cuando entró por ella…?

—Tenía que arriesgarme para entrar aquí. Pero ahora que he sido descubierto, puedo salir por la puerta.

—¡No, señor, no lo hará! —gritó Selena—. Si alguien lo viese salir de esta habitación, pensaría que usted y yo…

—Oh, sí, comprendo. —Douglas dio un suspiro—. Está bien, si no hay más remedio, saldré por la ventana para que su honor quede sin mancha.

—Es usted muy comprensivo.

Ralph se dirigió a la ventana y Selena fue detrás, sin dejar de apuntarle con la pistola. Ralph pasó una pierna por el alféizar, pero se detuvo. Por la ventana de al lado llegaron unas voces que también Selena escuchó.

Una voz varonil gritaba:

—¡Estoy seguro de que aquí había un hombre…!

Una mujer le contestó:

—Pero, Tommy, ¿cómo puedes pensar eso de mí…? ¡Estaba sola!

—¡No me la pegarás!

—¡Qué desgraciada soy! ¿Cómo te he de probar que te soy fiel?

—Escúchame bien, Mary… Soborné a un empleado del hotel y él me dijo que hace veinte minutos entró aquí un hombre.

—Debe ser un error.

—Me lo describió perfectamente. Veintiocho años, moreno, alto, ojos azules, con un hoyuelo en el mentón… ¡Y también sé quién es! El tipo que conocimos en aquel bar… Ese tahúr que se gana la vida en los barcos del río.

Ralph Douglas se pasó una mano por la cara. Miró a Selena, que tenía los ojos agrandados y la boca abierta.

El hombre de la habitación vecina gritó:

—¡Esa ventana está abierta! ¡Seguro que se escapó por ahí!

Ralph se apresuró a bajar la pierna de la ventana.

—Usted no es un ladrón —exclamó Selena.

—Por lo visto he sido descubierto.

—¡Es un caradura!

—Siento que tenga de mí esa opinión.

—Ahora va a salir por ahí.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído.

En aquel instante se oyó otra vez la voz del hombre.

—Si lo veo por la ventana, juro que lo agujerearé con este rifle.

Ralph Douglas señaló el hueco.

—¿Quiere usted que me cace como a un pato salvaje?

—Lo tendrá bien merecido… ¡Salga!

—Escuche, señorita Atkinson… Ya sé que los indicios están en mi contra, pero le aseguro que soy una víctima de las circunstancias.

—No logrará convencerme.

—A todos los supuestos delincuentes se les permite una defensa. De lo contrario, nunca se podría probar su inocencia.

—¿Qué va a decirme?

—Es cierto que yo entré en esa habitación.

—Menos mal que lo reconoce.

—Iba en busca de un amigo. Se llama Patrick Greene y, sin lugar a dudas, me dio mal el número de su habitación… Ya ve qué sencillas son las cosas. Entré ahí y en vez de Patrick, encontré a una mujer… Ella, al parecer, tomó una cosa por otra… Pensó que me interesaba por ella o algo así… A veces, estas cosas ocurren.

La mujer gritó desde el cuarto vecino:

—¡Soy una desgraciada…! ¡Soy una desgraciada! Pero ya que me has hecho la vida imposible, será mejor que nos separemos.

—¿Qué dices, Mary?

—Volveré a casa de mis padres…

—¡Eso es absurdo!

—¿Has visto a alguien desde la ventana?

—No.

—Entonces, ¿a quién vas a creer? ¿A mí o a un empleado del hotel que por ganarse unos dólares ha dicho lo que le dio la gana?

—La verdad es que ese empleado tiene cara de granuja… Cariño, creo que tienes razón. Es un miserable que sólo buscaba mi dinero.

—¡Sin embargo, volveré a casa de mis padres porque tú nunca estarás seguro!

—¡No, Mary…! ¡Te creo a ti! ¡De verdad que te creo a ti!

No se oyó nada más.

Ralph y la señorita Atkinson, que habían estado escuchando, se miraron a los ojos.

—Por fin se arregló todo —sonrió él.

—¿Usted cree?

—La verdad siempre se abre paso a través de la oscuridad…

—¿Quiere que le diga lo que pienso, señor Douglas?

—No se lo calle.

—¡No me convenció con la historia! ¡Y tampoco me convenció esa mujer de ahí al lado…! ¡Y no me vuelva a repetir que fue víctima de las circunstancias!

—¿Por qué no discutimos eso?

—No tengo nada que discutir con usted… Y ahora, va a salir por la ventana. ¿Lo entiende? ¡Por la ventana!

—Ese hombre podría volver con el rifle.

—No lo creo. Ahora estará ocupado en hacerle cariñitos a su fiel Mary. Aproveche su oportunidad, señor Douglas.

—Todavía no me dijo dónde va.

—¿Qué?

—Imagino que se marcha de viaje. Esas maletas están preparadas.

—No le importa a usted donde vaya.

—Es cierto. No me debe importar, pero quizá nos encontremos.

—Lo dudo, señor Douglas.

—El destino es muy caprichoso…

Ralph volvió a pasar la pierna por el alféizar.

—Recuerde, señorita Atkinson. Si me caigo y me rompo la crisma, usted será la culpable.

—Si eso llega a ocurrir, le mandaré una corona de flores.

—Qué simpática… Ralph se descolgó por el otro lado, y se deslizó junto a un alero.

Selena lo vio desaparecer y dio un suspiro. Al fin se había librado de aquel hombre. Sí, Ralph Douglas tenía atractivo, pero también pertenecía a la clase de hombres de los que, según la señorita Fifí, una mujer debía huir como del mismísimo diablo.

Se apresuró a cerrar la ventana, por si el señor Douglas tuviera intención de regresar. Volvió junto a la cama y dejó la pistolita en el maletín, el cual cerró.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante, tío Clive —dijo. Pero no se abrió la puerta que comunicaba con el corredor, sino la que daba acceso al cuarto de baño.

—Hola, nos volvemos a encontrar.

Selena dio un grito porque el hombre que estaba allí era Ralph Douglas.

—¿Qué hace usted aquí, señor Douglas?

—¿Recuerda lo que le dije de las circunstancias? Me colé por la primera ventana que encontré en mi camino porque no podía seguir adelante, y resultó que la ventana era la de su cuarto de baño.

—¿Por qué no siguió adelante?

—Porque me habría matado. Después de la ventana del baño hay una esquina.

Selena apretó los puños.

—¡Tiene que marcharse!

—Selena, opino igual que usted… Debo marcharme, pero ¿cómo?

—Se le metió en la cabeza de que tenía que ser por la puerta.

—Siento manchar su apellido, Selena, pero no existe otra forma de que usted y yo nos separemos de una vez. ¿No se lo dije antes? El destino es muy caprichoso con las personas…

—¡Salga inmediatamente! Selena levantó la mano, pero entonces se dio cuenta de que ya no tenía el revólver en su poder. Se volvió rápidamente para sacarlo otra vez del maletín.

Ralph se plantó delante de ella en dos zancadas y la tomó por los brazos.

—Tranquilícese, Selena.

La joven miró la cara corriente de él.

—Señorita Atkinson, no necesita amenazarme con su pistola. Me iré ahora mismo.

Ella no dijo nada y, de pronto, Ralph Douglas dio un tirón de ella y la besó en la boca. Selena trató de librarse de aquel beso, pero Ralph la sujetaba férreamente. Por fin, la dejó libre y se dirigió hacia la puerta.

Selena se tambaleó y cayó en el borde de la cama. Quiso decir algo, pero primero tenía que llevar oxígeno a sus pulmones.

—¡Señor Douglas!

Ralph se volvió con las cejas enarcadas cuando ya estaba junto a la puerta.

—¿Decía algo, señorita Atkinson?

La joven se pasó el dorso de la mano por la boca, tratando de borrar la huella del beso, y luego exclamó:

—¡No intente hacer esto otra vez! ¡No lo pretenda, porque entonces gritaré!

—Sí, señorita Atkinson. Ralph Douglas salió de la habitación y, entonces, Selena se dio cuenta de que había dicho una tontería porque él la había besado y ella no había gritado.

CAPÍTULO III

Llamaron a la puerta del camarote de Selena Atkinson.

—Adelante.

Era su tío Clive.

—¿Estás lista para la cena?

—Sí, tío.

El Nebraska había partido de Nueva Orleans dos horas antes.

—Estás muy bonita —dijo él con una sonrisa.

—Gracias, Clive.

—Quería hacerte una pregunta, Selena.

—¿De qué se trata?

—Te observé cuando el barco se movía. Parecía que esperabas a alguien.

—¿Quién yo? Oh, no, tío. Ya te dije que me despedí en el colegio de mis compañeras… La única que podía venir era Margot, y se le ocurrió pescar un fuerte resfriado.

Sin embargo, se colorearon las mejillas de Selena, porque estaba mintiendo a su tío. Efectivamente, cuando el barco se apartaba del muelle, ella miró entre los pasajeros buscando a alguien. Ahora se avergonzaba de ello, porque la persona a la que había esperado ver era a Ralph Douglas.

Ahora parecía completamente absurdo que ella pudiese haber pensado en aquel hombre. ¿Por qué él se iba a encontrar en el muelle? La culpa la tuvo Ralph Douglas cuando le dijo por dos veces que el destino era muy caprichoso con las personas. Pero esta vez el destino había obrado con lógica, y Ralph Douglas no estaba en el muelle.

Clive Atkinson y su sobrina salieron del camarote. Subieron a cubierta para ir al comedor. De pronto, Clive se detuvo.

—Disculpa, Selena, pero olvidé mis cigarrillos. ¿Me esperas aquí?

—Sí, tío.

Clive se alejó de su sobrina, pero antes de bajar la escalera miró hacia arriba. Vio una sombra junto a la pasarela y sonrió. Las cosas salían bien. Allá estaba Sammy Hans dispuesto a ganarse los otros quinientos dólares.

Naturalmente, había dejado intencionadamente los cigarrillos en su camarote, y, cuando volviese, se encontraría con que Selena habría sufrido un mortal accidente.

Selena se acercó a la barandilla, y se apoyó en ella contemplando las pequeñas luces de la costa. Allá en Nueva Orleans había terminado una época de su vida. Ahora iba a iniciar otra en su rancho de Corpus Christi.

La última vez que estuvo en el rancho fue tres años atrás durante el verano. Pero entonces, todavía era una niña. Ahora las cosas cambiaban porque se había convertido en mujer.

¿Qué le depararía el destino? Volvió a sonreír, porque de nuevo le vino a la mente aquel joven, el hombre con el hoyuelo en el mentón.

Se llevó la mano a los labios porque recordó aquel beso.

—Hola —dijo alguien a su espalda.

La joven dio un gritito y se sobresaltó tanto que cambió de sitio porque acababa de identificar aquella voz. Era Ralph Douglas.

Al mismo instante, algo chocó contra la barandilla. Selena gritó otra vez. Ralph saltó sobre ella y la acogió entre sus brazos. Lo que había caído de arriba era un barril, que ahora rodó por la cubierta antes de estrellarse contra la pared.

Selena se estremeció al darse cuenta de que aquel barril la hubiera matado. Sintió que los brazos de Ralph la estrechaban fuertemente.

—Eh, ¿qué hace? Suelte.

—Usted vino a mí —le sonrió Ralph mientras ella se apartaba.

—Ha sido por el susto.

Ralph se dirigió al barril y lo golpeó con el pie.

—Han disparado sobre mí proyectiles, pero nunca de ese tamaño —dijo.

La joven miró hacia arriba.

—Ha debido desprenderse.

—Sí, parece que tienen mal asegurada la mercancía.

En aquel momento apareció un pelirrojo que atendía por el nombre de Chester Brix. Era el primer oficial del Nebraska.

—Señor Douglas, ¿qué hace usted en este barco? —exclamó.

—¿Qué tal, Brix? ¿Se encuentra bien?

—Lo estaba antes de verlo a usted… Pero ahora que lo he visto, se me están haciendo nudos en las tripas.

—Tome bicarbonato. Dicen que es bueno.

—No me hacen ninguna gracia sus chistes, señor Douglas.

—Entonces, no me haga preguntas tontas. Si estoy aquí es porque pagué mi pasaje. ¿O piensa que soy un polizón? Si yo estuviese en su lugar, me preocuparía más de que los pasajeros de este barco no fuesen víctimas de la negligencia de la marinería.

—¿Qué quiere decir?

Ralph señaló el barril.

—Ese armatoste estuvo a punto de matar a la señorita Atkinson. Falló por muy pocas pulgadas.

El oficial Brix tartamudeó ante la joven.

—Perdone, señorita Atkinson. No sé cómo ha podido ocurrir… Estos barriles fueron bien asegurados.

—Lo extraño es que no estén en la bodega —apuntó Ralph.

—Tenemos sobrante de mercancías. Pusimos algunos barriles en otros sitios.

—Si tenían sobrante de mercancías, no debieron cargarla.

—¿Es que nos va a dar órdenes, señor Douglas?

En aquel momento apareció Clive Atkinson.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan pálida, Selena?

—No ocurrió nada de particular, tío… Cayó de arriba un barril y yo estaba muy cerca.

—¡Dios mío! —exclamó Atkinson—. Ha podido herirte. Para sus adentros, estaba maldiciendo a Sammy Hans por haber fracasado en su intento.

Tomó a su sobrina por el brazo.

—Querida, ordenaré que te preparen un poco de agua de azahar.

—No, tío. No hace falta. Estoy bien… Te presento a Ralph Douglas… Señor Douglas, mi tío Clive Atkinson. Tío, creo que gracias al señor Douglas me he salvado.

Clive asaeteó con la mirada la cara de Douglas. De modo que aquel hombre había hecho fracasar el intento de Sammy. Lo maldijo en su fuero interno mientras le estrechaba la mano.

—Gracias por lo que hizo, señor Douglas.

—No tiene importancia. En verdad, yo no hice nada.

El primer oficial Brix estaba ocupado en dar órdenes a dos marineros para que se hicieran cargo del barril y lo pusiesen en su sitio.

Clive Atkinson se dijo que no le convenía que su sobrina hiciese amistad con nadie, y menos con aquel tipo que tenía aspecto de entrometido.

—Señor Douglas, espero que nos encontremos en otra ocasión.

—Lo mismo digo… Encantado de volverla a ver, Selena.

La joven hizo una inclinación y se fue con su tío al comedor. Cuando ocuparon una mesa, Clive hizo la pregunta que le quemaba los labios.

—¿Conocías ya al señor Douglas, Selena?

Selena se quedó desconcertada. ¿Cómo le decía a su tío en qué circunstancias había conocido a Douglas?

—Sí, tío, lo conocí.

—¿Dónde?

—Por azar, en el hotel. Se me cayó un paquete y él me lo recogió. Creo que fue ayer…

—¿Qué tal, señor Atkinson? —dijo una voz.

Clive se puso en pie y frunció el ceño. El hombre que lo saludaba era William Donat, ranchero también de Corpus Christi, el principal competidor del rancho Atkinson.

William Donat frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era de cabello rubio, alto, ojos muy claros.

—Es una sorpresa, William —dijo Atkinson—. No sabía que había viajado a Nueva Orleans.

—Vine hace una semana para contratar unos piensos especiales. —Donat miró a la joven—. Imagino que por fin ha llegado la oportunidad de que conozca a tu sobrina Selena.

—Selena, éste es William Donat, nuestro vecino… No le hagas mucho caso. Es un embaucador… Y su especialidad son las mujeres bonitas.

Clive lo decía sonriendo, pero, en realidad, sentía sus palabras.

Conocía perfectamente la fama de mujeriego de William Donat. Y lo peor era que el rubio aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para jactarse de sus conquistas amorosas.

—Es usted mucho más atractiva de lo que me habían dicho, Selena —dijo William.

—Gracias, señor Donat. —Y no crea que la requiebro para embaucarla como asegura su tío… Es sólo justicia lo que hago. ¿Puedo sentarme?

Clive se sintió contrariado, pero ya Donat había tomado una silla para sentarse.

—Sí, claro —dijo Selena antes de que él pudiera oponerse.

—Señorita Atkinson —dijo Donat cuando ocupó la silla—. No sabía a ciencia cierta qué día iba a llegar usted al rancho… Quería hablarle de un asunto que nos incumbe a los dos. De modo que, si me lo permite, lo haré ahora.

—William —intervino Clive—. ¿Vas a hablar de negocios? ¿Crees que es el momento más adecuado?

—La situación no puede esperar… —Y yo opino que sí.

La joven enarcó las cejas.

—¿Quieren decirme de qué se trata?

—Desde luego, Selena —contestó William—. Entre su rancho y el mío corre el río Sage. Hay un lugar magnífico para que el ganado pueda beber… Le llamamos lago Georgia, aunque en realidad no es tal lago, sino un remanso. Los límites del lago Georgia no están bien definidos… Desde tiempo inmemorial las reses de mi rancho Espuela de Oro han bebido allí. De pronto, su tío ha dicho que el lago les pertenece a ustedes.

—Y es la verdad —inquirió Clive.

—No puedes probarlo, Clive.

—Claro que puedo. Y eso se verá en el juicio.

—Los documentos que te proporcionó el jefe apache Victorio no tienen ningún valor.

—Eso lo decidirá el juez Edison Keyes.

—Clive, no debes seguir adelante con esa farsa.

—Tus palabras son insultantes, William. Deberías tener un poco más de cuidado.

—Por favor, caballeros —intervino Selena—. ¿Es que van a pelear aquí?

William Donat sacudió la cabeza.

—Selena, sin el agua del lago tendría que reducir mi rebaño.

—Eso es lo que debes hacer —repuso Clive.

—No lo haré… El agua del lago Georgia es bastante para vosotros y para mí… Nuestras reses pueden abrevar en una y otra orilla… No tenéis por qué contratar pistoleros para impedir que mis hombres lleven allí nuestro ganado.

Clive atirantó los músculos de la cara.

—Ésa es una acusación rastrera, William. ¡Y no te la permito!

—Todo el mundo sabe que has contratado a hombres de revólver. ¿Lo quieres así mejor?

—Me he limitado a contratar hombres que me hacían falta en el rancho.

—Hombres que haraganean todo el día, que sólo sirven para amenazar a los verdaderos *cowboys*. Señorita Atkinson, sólo quería hablar con usted porque pensé que sería más razonable que su tío.

—Perdone, señor Donat, pero no estoy muy al corriente de las cosas de mi rancho.

—¿Quiere decir con eso que está conforme con la forma de administrar de su tío?

—Sólo puedo decirle una cosa. Que estudiaré el asunto con el mayor interés. Los Atkinson no harán nada injusto.

—Si es así, espero que se pueda resolver el problema.

William Donat se levantó.

—Espero que haga una feliz travesía, Selena.

—Gracias, lo mismo le deseo, puesto que vamos en el mismo barco.

Cuando William Donat se alejaba, Clive Atkinson no pudo contener su furia.

—No sabía que ese maldito mamarracho fuese un ventajista.

—¿Qué quieres decir, tío?

—¿Es que no lo has visto? No conseguía nada conmigo y ha querido ablandarte el corazón.

—¿Ablandarme el corazón? No te comprendo. ¿Acaso dice la verdad?

Atkinson no podía contenerse, pero la ira era la peor consejera de un hombre.

—No, querida. William Donat no tiene razón. Somos nosotros los

que tenemos todos los derechos.

—Entonces, ¿por qué abrevaron hasta ahora sus reses en el lago Georgia?

—Por una mera benevolencia mía. Eso es todo. Pero ya ves las consecuencias que traen el ser débil y generoso.

—Oh, no, tío. No debes arrepentirte de haber hecho una buena acción.

—Haces un favor, y llega un momento en que el que lo recibe se cree con un derecho perpetuo de seguir obteniéndolo.

—Donat dice que ese lago tiene límites mal definidos.

—Los tiene para él, porque no le conviene reconocerlo. Nuestros documentos son perfectamente legales. Tu abuelo Isaías compró el lago al apache Victorio.

—¿Cuánto le pagó?

—Según reza en el documento, quinientos dólares.

—Nunca oí hablar de eso.

—¿Qué?

—Quiero decir que papá nunca se refirió al lago Georgia.

Clive esbozó una sonrisa, y dijo mientras palmeaba la mano a Selena:

—Querida, tenías sólo nueve años cuando tu padre murió.

—Pero ya era bastante mayor para escuchar las conversaciones de mi padre… Me encantaba mucho cuando papá discutía con alguien lo referente al rancho… Y repito que nunca le oí hablar de las aguas del lago Georgia.

—No me irás a decir que tu padre habló de todos los asuntos del rancho mientras tú estabas con él… Es lógico que no se refiriese al lago Georgia, porque William Donat se instaló al otro lado hace tan sólo seis años… Entonces, en el lago Georgia sólo abrevaban muestras reses.

—Tienes razón, tío.

Clive se sintió orgulloso por la forma en que había resuelto aquel asunto.

—Celebro que estés convencida.

—Tío, has oído a William Donat. Si sus reses no beben en el lago, no podrán hacerlo en otra parte.

—Tiene un par de pozos.

—Pero el agua de esos pozos es insuficiente, al parecer.

—Desde luego lo es para el ganado que él quiere tener. Pero ése no es asunto nuestro. ¿Por qué quiso abarcar más de lo que podía? Tiene una fácil solución. Que se contente con criar el ganado que pueda abrevar en sus dos pozos.

—Tendré que volver a pensar eso en Corpus Christi.

—¿Volver a pensar?

—Se lo prometí a William Donat… Hablaré con el juez para que trate de buscar una solución justa para ambas partes.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda de Clive Atkinson. Iba a protestar porque se sentía lleno de furia, pero recordó algo muy importante. ¿Por qué demonios se preocupaba? Su sobrina Selena nunca podría hablar con el juez Edison Keyes. Sammy Hans no fallaría a la próxima. No podía fallar…

Capítulo IV

Clive acompañó a Selena a su camarote.

—Que pases una buena noche, Selena.

—Gracias, tío.

Clive besó en la mejilla a Selena y entró en el camarote de al lado. Selena se demoró un poco en entrar en el suyo porque acababa de ver por el corredor al primer oficial Chester Brix.

El oficial vino hacia ella y la saludó.

—Perdone, señor Brix. Quería preguntarle quién es el señor Douglas.

—Un tahúr —contestó rápidamente él oficial.

—¿Se refiere a uno de esos jugadores que hacen trampas en el juego?

—Bueno, la verdad es que le han acusado algunas veces le eso. Pero nunca se le pudo probar. Además, el señor Douglas no consiente que le llamen tramposo. Tengo buen recuerdo de unas cuantas peleas que ha organizado en los barcos donde viaja. Lo que me extraña es haberlo visto aquí.

—¿Por qué?

—Ralph Douglas siempre se ha dedicado a hacer el trayecto del río —el primer oficial se rascó detrás de una oreja—. Que yo sepa, es la primera vez que Douglas se decide a viajar por el golfo de México.

—¿Quizá el señor Douglas se dirige a Corpus Christi?

—No. Miré la relación de viajeros… El señor Douglas nos acompañará hasta el final de nuestro viaje, en Veracruz.

Selena se sintió un poco decepcionada. Por un momento, había llegado a pensar que ella fuese el motivo por el cual Ralph Douglas había decidido cambiar el río Mississippi por el golfo de México.

—Gracias por todo, oficial.

Chester Brix carraspeó.

—Señorita Atkinson, quisiera darle un consejo, si me lo permite.

—Le escucho. —Apártese del señor Douglas.

La joven enrojeció las mejillas.

—No siento el menor interés por él, señor Brix. Le hice mis preguntas porque, al fin y al cabo, gracias al señor Douglas ese barril no me aplastó la cabeza.

—Por fortuna ya no necesitará de él. Los barriles quedaron asegurados —contestó Brix con humor.

—Lo celebro por su mercancía, Brix —le contestó Selena con la misma ironía, y entró en su camarote.

Poco después se había desvestido y puesto el camisón. Miró el mar por la claraboya. Estaba tranquilo, rielando la luna sobre la superficie. Apagó el quinqué y se metió en la litera.

* * *

—Sammy, eres un inútil —dijo Atkinson.

—No comprendo cómo pudo fallar… Dejé caer el barril donde estaba ella, y de pronto, su sobrina se volvió. Creo que la asustó algo.

—Me importa un rábano que se asustase. Te contraté para hacerme un trabajo y todavía no lo has hecho.

—Queda mucho viaje, señor Atkinson.

—Ya te advertí en Nueva Orleans que quería acabar esto cuanto antes.

—Sí, señor, lo recuerdo.

—Me gustaría hacer el viaje descansando y tú sabes que sólo puedo conseguirlo de una forma.

—Sin sobrina.

—Bien dicho, Sammy. Eso es lo que quiero, llegar a Corpus Christi muy pesaroso por haber perdido a mi dulce y querida Selena.

—Eso de dulce está bien porque vi a la chica y es de verdad un bombón.

Clive le pegó con el revés de la mano en la boca. Sammy se tambaleó hacia la pared que tenía detrás. Atkinson se echó encima de Sammy antes de que éste se pudiese rehacer y lo aplastó contra

la plancha de acero.

—Sammy, quiero que lo tomes en serio.

—Ya me lo tomé, señor Atkinson. Tengo mucho interés en cobrar los otros quinientos dólares… Voy a casarme con una muchacha en Nueva Orleans, cuando regrese, naturalmente. Pero ella me puso como condición que le llevase otro rebaño como el que usted me entregó en aquel cafetín.

—Tendrás ese rebaño en cuanto hayas quitado de en medio a la muchacha, y yo te daré mi bendición para que seas feliz con tu chica.

—Ya puede preparar el dinero porque se quedará sin sobrina esta misma noche.

—No quiero que cometas ninguna barbaridad, Sammy. Si alguien te descubriese todo estaría perdido.

—No se preocupe. Nadie me va a descubrir. Mi plan es perfecto. Esta vez no puede haber ningún fallo.

—¿Qué plan es ése?

—Escuche y verá.

* * *

El ranchero William Donat estaba tendido en su litera fumando un habano. La pelirroja que lo acompañaba le quitó el cigarro de la boca y lo besó suavemente en los labios. Él la apartó de sí y dijo:

—Tu amigo tarda en venir, Terry.

—Nunca falta a una cita, no te preocupes…

—Te advertí que viniese a las nueve de la noche. Ya pasan diez minutos. ¡Y no me gusta que me hagan esperar!

—Me llegué aquí para entretenerte, ¿o no crees que soy una buena diversión? —La pelirroja puso mucha picardía al decir aquellas palabras.

William sonrió.

—Eres el mismo diablo, Terry.

—Anda, juguemos un poco al escondite.

—¿En este condenado camarote? Te encontraría enseguida.

—Eres un tonto. Por eso lo he dicho, para que me atrapes pronto con tus manazas.

William se puso en pie y rodeó a la joven por la cintura.

—¿Por qué no te encontré antes, Terry?

—¿A cuántas has dicho lo mismo?

—A quince o veinte. He perdido la cuenta.

—Eres un canalla. Pero un canalla simpático es siempre mejor que uno de esos románticos llorones que se le cruzan a una por el camino. Tú y yo llegaremos lejos, William.

—Cuidado, nena. Ya sé por dónde vas.

—¿Por dónde, William?

—Dentro de nada te vas a poner a hablar de matrimonio. Y quiero advertirte algo muy importante. No me casaré contigo ahora ni dentro de noventa años.

—Eres un puerco realista, querido William. Al menos, me debías dejar un poco de esperanza.

—Nada de eso, monada. Si me caso alguna vez, será con una dama de la alta sociedad.

—Eres un estúpido. Yo puedo pasar por una dama de la alta sociedad.

—Cuéntaselo a Buffalo Bill.

—Sé de la vida lo más importante… Me comporto mejor con los banqueros y con los dueños de ranchos que con los tipos que no tienen donde caerse muertos.

La pelirroja rodeó con sus brazos el cuello de William, y sonrió mientras agregaba:

—Sé hablar en francés lo suficiente para que me puedas presentar como una extranjera recién llegada de París.

—Tú no llegaste de París ni de pequeñita.

En este momento llamaron a la puerta.

—Ya está ahí mi amigo —dijo Terry apartándose.

—Ábrele —ordenó William.

Terry abrió la puerta del camarote y apareció un hombre de unos cuarenta años, moreno, de fuerte complexión.

—Hola, Hugh —dijo la pelirroja—. Éste es el señor Donat.

Hugh Moore poseía ojos que parecían charcos de agua sucia. Miró a William Donat sin el menor interés.

—Desembuche, señor Donat…

—Quiere ir al grano, ¿eh?

—Tengo un principio. Los negocios rápidos, las mujeres lentas.

William se echó a reír.

—Eso estuvo bien, Hugh.

—Empiece cuando quiera.

—He oído que es usted un gun-man de primera categoría.

—Lo soy…

—Y también me informaron que se dirige a México.

—En viaje de vacaciones.

—Comprendo lo que quiere decir… Se larga porque las cosas se le pusieron feas en nuestro país.

—Supóngalo.

—Sin embargo, usted se va a quedar en Texas, Hugh.

—Me está adivinando el porvenir, ¿señor Donat?

—Sí, eso estoy haciendo.

—Entonces lo hace muy mal. Ya sabe que voy a México.

—¿Qué hará en México?

—Nunca le falta a uno trabajo, y allí hay chicas muy lindas. Me gusta México. Ya he estado allí un par de veces.

—Así que todavía no tiene ningún trabajo.

—No. Pero algunos rancheros mexicanos me conocen y cuando llegue, no me faltará la faena.

—Entiendo. Alguien lo contratará para matar.

—Señor Donat, no me llegué a su camarote para oírle tonterías. Se supone que soy un gun-man, y también se supone que, como tal, he de vivir gracias a mi revólver.

—En Corpus Christi se va a ganar la vida con el revólver. No me interrumpa, Hugh, y déjeme terminar. Quiero que me contrate a una docena de pistoleros… Usted conocerá bien el género, y no le será difícil elegir a los hombres adecuados.

—¿Cuál es la faena?

—Acabar con cierta gentuza que contrató un ranchero vecino mío, Clive Atkinson. Desde hace varias semanas están impidiendo que mis reses abreven en un lago llamado Georgia. Los pistoleros de Atkinson están junto al lago. Quiero que ustedes limpien las orillas y que permitan que mis reses beban toda el agua que necesiten. Eso implica, desde luego, que seguirán trabajando bajo mis órdenes.

—¿Qué gente tiene Atkinson a su mando?

Pat Sullivan y Conrad Forbes.

—Son dos buenos gun-men.

—¿Tan buenos como usted?

—No diga eso, señor Donat. A Pat y a Conrad los puedo tumbar en la misma sentada.

—Celebro oírle eso.

Hugh inspiró profundamente y apoyó las espaldas en la puerta del camarote.

—¿Qué es lo que va a pagar, señor Donat?

—Quinientos dólares mensuales para usted, y estará contratado por todo el tiempo que quiera. Hasta que se canse.

—No está mal la oferta.

—Sabía que le gustaría.

—Pero no me gusta la vida sedentaria… Y una vez que acabe con la gente de Atkinson, aquello será muy aburrido.

—Ya le he dicho que podrá irse cuando le dé la gana.

—Sí, claro, y si yo me voy en dos meses, usted habrá hecho el gran negocio a cambio de un desembolso de mil dólares.

—Tenga en cuenta, que he de pagar también a los pistoleros que contrate. Para ellos doscientos al mes. ¿No cree que ya no es tan pequeño el desembolso?

Hugh se miró las uñas de la mano izquierda.

—¿Saben los Atkinson que usted va a contratar a hombres de revólver?

—En absoluto. Ya me he cuidado de que sea una sorpresa. Hasta ahora me hice pasar ante Atkinson como un buen chico, y hoy mismo obtuve un gran éxito en mi papel ante la propia sobrina de Atkinson. Apuesto a que la chica cree a pies juntillas que yo soy un pobre can apaleado y que, por unos momentos, se fue a refugiar en sus faldas.

—No está mal.

—No quiero que sepan que ustedes van a entrar en acción. Eso le conviene, Hugh. De esa forma, su trabajo será más fácil.

—Me gusta. Creo que usted y yo nos vamos a entender.

—Yo no lo dudé ni un momento, Hugh.

—Sí, debo confesar que como adivinador del porvenir es bueno.

—Gracias, Hugh.

Moore apuntó con el dedo a William.

—Voy a trabajar para usted, pero cualquier día continuare mi viaje a México. Es lo único que voy a echar de menos en Corpus Christi. Las chicas con ojos negros y piel canela.

—No, no creo que las eche de menos. En Corpus Christi hay muchas mexicanas.

—Entonces, usted ganó, señor Donat. Desde ahora Hugh Hoore está a su servicio.

William Donat soltó una risotada.

—¿Qué le parece si brindamos con *whisky*?

—Es con lo único que acepto brindar. Saque ya la botella, señor Donat.

CAPÍTULO V

—Abro a diez dólares —dijo el gordito tras consultar sus naipes.

El jugador que estaba a su derecha movió la cabeza en sentido negativo y dejó los naipes.

—No puedo ir a nada —dijo—. Hoy estoy en mi día negro.

El siguiente jugador era William Donat, el rubio ranchero de Corpus Christi.

—Voy a esos diez dólares y aumento diez más —dijo con una sonrisa.

Le llegó el turno a Ralph Douglas, que en aquel momento estaba ganando doscientos dólares.

—Me temo que yo no podré ir —dijo.

—¿Por qué, señor Douglas, si tiene tanta suerte? —repuso Donat.

—Quizá sea verdad. De acuerdo, iré. Puso veinte dólares.

El hombre que daba las cartas también desistió de ir aquella mano.

El gordito puso los diez dólares para completar la postura de veinte, y pidió dos naipes. Sonrió diciendo:

—A lo mejor tengo trío. O también podría ser un farol.

—Una carta —pidió el rubio.

—Cuatro —dijo Ralph Douglas.

William Donat se echó a reír.

—Piensa hacer póquer esta vez, ¿señor Douglas?

—Quien sabe. Otras veces ha ocurrido.

Entre Donat y Douglas había nacido una especie de reto Douglas estaba acostumbrado a encontrarse tipos de aquella clase. Por lo general eran malos jugadores porque no sabían controlarse. Cuando hacían una buena jugada, se vanagloriaban de ella y, cuando la

hacían mala, trataban de justificarse. Le correspondía hablar a Donat porque era quien había subido el juego a los veinte dólares.

—Me juego veinte dólares más —dijo el ranchero.

Douglas no había terminado todavía de mirar sus naipes. El ranchero rió otra vez.

—No disimule. Usted no tiene nada.

Ralph atrapó un fajo de billetes.

—Aquí hay cincuenta dólares que me juego —dijo.

El gordito puso los ojos como los de un búho.

—No lo comprendo. ¿Ha pedido cuatro cartas y se juega cincuenta dólares?

—Eso he dicho, señor Nowles —contestó Douglas.

El gordito volvió a mirar sus naipes, lo cual lo calificaba también como un mal jugador, porque su juego no había podido cambiar desde la última vez que lo vio.

—Le aseguro que lo vería, señor Douglas —habló—. Pero está detrás de mí el señor Donat, y estoy seguro de que él tiene juego. Se lo dejo a usted, señor Donat.

Donat continuaba sonriendo.

—Yo me voy a jugar en total ciento cincuenta dólares, lo cual es más de lo que usted puso, Douglas.

—Sí, es cierto —contestó Douglas—. Es bastante más. Pero yo me lo juego todo, y eso es también más de lo que usted puso hasta ahora.

La sonrisa se heló en los labios de Donat.

—¿Todo?

—Sí, eso dije.

—¿Cuánto, señor Douglas?

—Trescientos veinticinco dólares.

El gordito arrugó la nariz.

—¡Demonios! Y yo creía que no tenía nada.

El rubio apretó los dientes.

—Seguro que no tiene nada. Esta vez lo atrapé, señor Douglas. Es un farol, y yo se lo voy a apagar. Lo veo con doble pareja de ases y reyes.

—Pierde, señor Donat —contestó Ralph—. Yo logré hacer una escalera.

El ranchero miró los naipes que Douglas exhibía. Era

efectivamente una escalera, que se iniciaba en el ocho y terminaba en la reina.

El gordito se abocó sobre la mesa.

—Señor Douglas, ¿con qué naipe se quedó para pedir cuatro?

—Con el diez.

—Imagino que tendría alguna superior a diez.

—Sí, pero cuando pido cuatro, acostumbro a quedarme el diez, porque es la carta que más liga.

Donat estaba lívido.

—Su suerte me escama mucho, señor Douglas.

Ralph iba a retirar lo que había ganado, pero se detuvo y miró al ranchero.

—¿Qué ha querido decir con eso, señor Douglas?

En aquel rincón de la sala de juego se hizo un silencio impresionante.

—He observado que hay dos cartas marcadas… —dijo Donat.

—Puede ser una apreciación suya —repuso Ralph.

—No, no lo es.

—¿Me acusa a mí de marcarlas?

—Fue muy extraña su jugada, Douglas. Pidió cuatro y le sirvió para hacer una escalera.

Douglas le pegó con el puño cerrado en la boca. El ranchero se desplomó de la silla. Pero el puñetazo no tenía la suficiente fuerza para dejarle sin sentido. Se puso en pie y se restañó la sangre que le brotaba de labio inferior, el cual estaba partido.

—¡Le voy a hacer pedazos, Douglas!

Se abalanzó sobre el jugador tirando los dos puños al mismo tiempo. Ralph lo evitó hábilmente, y le soltó un izquierdazo en el estómago. El ranchero lanzó un aullido y cayó de rodillas en el suelo Se sostuvo con las palmas de las manos, pero se había quedado sin respiración.

Al levantar la mirada, vio al pistolero que había contratado, a Hugh Moore, en el hueco de puerta que daba al salón. Hugh Moore estaba inmóvil observando la escena.

Donat le mando un mensaje con la mirada. Quería decirle: «Hugh, mata a ese hombre». Pero, de pronto. Hugh dio media vuelta y desapareció.

—Levántese, señor Donat —oyó la voz de Ralph Douglas.

William se levantó tambaleándose todavía.

—Escuche bien esto, Donat —prosiguió Ralph—. Nunca he hecho trampas en una mesa de juego… Es cierto que soy un jugador profesional, y lo soy porque me di cuenta que tenía condiciones para ventilarme la vida con los naipes. Ésa es mi ventaja sobre usted… No hay otra…

William Donat miró a los hombres que habían sido sus otros compañeros de juego. Se sintió humillado, lleno de odio contra aquel tipo que lo había tratado como a un muñeco. Pero no podía desquitarse ahora.

Dio media vuelta y echó a andar. Poco después, llegaba a su camarote. La pelirroja Terry saltó de la litera.

—Querido, te he estado esperando despierta. Fue a abrazar a Donat, pero él la apartó de un manotazo.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué te pasa, William?

—¡Nada, no me pasa nada!

—Estás echando sangre por la boca. ¿Peleaste con alguien?

—¿Dónde está Hugh?

—No vino por aquí…

En aquel momento se abrió la puerta y el gun-man entró en el camarote. William le dirigió una mirada furiosa.

—No te diste cuenta de lo que pasó en la sala de juego.

—Sí, un hombre lo golpeó.

—Te dije algo con los ojos cuando yo estaba en el suelo.

—Lo sé. Me dijo que yo debía matar a ese hombre.

William se quedó asombrado.

—¿Y por qué no lo hiciste, Hugh? —gritó.

—He venido a eso, a dar una explicación…

—Debe ser la mar de interesante.

—Usted me contrató para hacer un trabajo en Corpus Christi.

—No seas estúpido, Hugh. Te habría dado un dinero extra por haber quitado del medio a ese tahúr.

—No me ha dejado terminar. Conozco al tahúr. Su nombre es Ralph Douglas, y además de jugar muy bien a los naipes, maneja el revólver de maravilla.

—No me digas que no te enfrentaste con él porque le tienes

miedo.

—No, señor Donat. No le tengo miedo… Pero he visto a Douglas sacar. También conozco su puntería. Presencié un duelo suyo con otro tipo en Nueva Orleans. Sinceramente, creo que es el único hombre que está a mi altura… Y con eso quiero decir que, si se plantease un duelo entre Ralph Douglas y yo, cada uno de nosotros tendría las mismas posibilidades…

—Vaya, me das una gran noticia.

—Por eso no quise resolver a tiros aquella situación. No estuve seguro de quién sería el vencedor… Recordé a tiempo que a usted le interesaba mucho más acabar con su competidor Atkinson.

William ya había tenido tiempo para serenarse. Sacudió la cabeza.

—Sí. Hugh. Tienes razón.

—Por eso vine. Para que lo comprendiese.

—No hay más que hablar, Hugh. Después de todo, ese maldito tahúr continuará su viaje en el barco, y nosotros no lo volveremos a ver cuando desembarquemos en Corpus Christi.

—Lo mismo pienso yo —dijo Hugh.

—Puedes marcharte.

Hugh Moore dio las buenas noches y salió del camarote.

Entonces, la pelirroja Terry pasó un brazo por el cuello de William y esta vez el ranchero no la apartó.

—Cariño, déjame que te cure.

—Sí, Terry. Ella empezó su cura mordisqueándole una oreja.

CAPÍTULO VI

¿Era el amor eso? ¿Desear encontrarse junto a un hombre determinado? De pronto, dieron un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó sobresaltada.

Deslizaron algo bajo la puerta. Era un papel.

—¿Quién es? —volvió a preguntar.

Tampoco obtuvo respuesta. Entonces, se levanto de la litera y tomó el papel del suelo.

Leyó el mensaje que decía así:

> «Necesito hablar urgentemente con usted. La espero en la primera cubierta de popa».

Abajo, estaba la firma de Ralph Douglas.

Selena sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué quería Ralph? ¿Es que él también sentía lo mismo que ella? Bueno, lo sabría en seguida acudiendo a la cita.

Se vistió rápidamente y abandonó el camarote. Las nubes habían cubierto la luna. La popa del Nebraska estaba completamente en la oscuridad. Tropezó con un rollo de cuerdas y estuvo a punto de caer.

De pronto, unos brazos surgieron por detrás y la atraparon. Fue a gritar pero una mano le cubrió la boca. Sintió terror al ver que la cara del hombre no era la de Douglas.

—Silencio, señorita Atkinson —dijo el desconocido—. En seguida acabaré con usted… Y ya no pasará más miedo…

Sammy la sostuvo para que no cayese en el suelo. Su plan era muy sencillo. Arrojaría por la borda a Selena. La señorita Atkinson

sería pasto de los tiburones. Los peces sabrían lo dulce que era aquella joven. La tomó en brazos y se deslizó hacia la borda.

—¿Adónde va? —dijo una voz a su espalda.

Sammy se detuvo como si lo hubiesen atrapado con un garfio. Volvió bruscamente la cabeza y vio brillar unos ojos como dos brasas.

—La señora se desmayó —dijo.

—Claro, y usted la Iba a arrojar al mar para que se refrescase.

—¿Qué dice? Sólo quería que le diese el aire.

El viajero se acercó. Entonces Sammy supo quién era. Ralph Douglas, el hombre que había impedido llevar a cabo su trabajo la primera vez.

—Dámela —dijo.

—Sí, señor.

Ralph Douglas recibió a la joven en sus brazos. Sammy pensó muy aprisa. Si dejaba las cosas así, estaba perdido. Cuando la joven recuperase el conocimiento, se sabría la verdad, que había sido atacada por él, Sammy.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un cuchillo de resorte.

Ralph había apoyado a la joven sobre la borda y le golpeaba las mejillas.

—Selena… Despierta, Selena.

Sammy hizo funcionar el cuchillo de resorte.

Ralph vio brillar la hoja de acero. El marinero ya saltaba sobre él. Sólo tuvo tiempo de apartar la diestra de Selena para buscar el revólver. Disparo sin sacar, impulsando la culata hacia abajo.

Se produjo un estampido y la bala detuvo el salto de Sammy. La hoja de acero pasó muy cerca de Ralph, sin llegar a tocarlo.

Sammy se tambaleó. Había recibido el proyectil en el centro del pecho. Soltó una bocanada de sangre y se derrumbó sobre cubierta.

Alguien llegó corriendo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Era el primer oficial, Chester Brix.

—¡Cielos, es Sammy! ¡Lo ha matado usted, señor Douglas!

—Es cierto. Lo he matado.

—¿Por qué?

—Mire la mano de su marinero y tendrá la respuesta. Si goza de buena vista, le descubrirá un cuchillo.

—Señor Douglas, no le consiento ironías. ¿Qué fue lo que ocurrió?

En aquel momento, Selena, a quien estaba sosteniendo Douglas, volvió en sí, y al ver el cadáver dio un chillido.

—¡Ese hombre…! —dijo—. Me atacó…

—¿Por qué la iba a atacar, señorita Atkinson? —repuso el oficial —. Es un simple marinero.

—No lo sé. Pero me dejó sin sentido… Y antes me dijo lo que iba a hacer conmigo. Quería arrojarme al mar.

—Eso es absurdo.

—Ah, oficial, ¿es que no se fía de la palabra de la señorita? —rezongó Ralph.

—Claro que sí, pero ¿por qué Sammy iba a cometer un crimen?

—Le daré una respuesta, señor Brix —repuso Ralph—. A ese marinero le pagó alguien para eliminar a la señorita Atkinson…

* * *

—No lo puedo creer —decía Clive Atkinson, mientras paseaba por el camarote de su sobrina.

La joven estaba sentada en la litera, y Ralph Douglas se apoyaba en la pared, fumando un cigarrillo.

—¿Quién iba a pagar a ese marinero para matar a mi sobrina? —dijo Atkinson.

—Alguien que está al corriente de mi amistad con Selena —contestó Ralph—. La cosa está clara, puesto que todo empezó con un falso mensaje. Yo no cité a Selena en la cubierta de popa.

Atkinson se sentía poseído por todas las furias, aunque se repetía una y otra vez que debía disimular. Ralph Douglas estaba resultando un hombre demasiado hábil.

¿Por qué aquel entrometido había impedido que él se convirtiese en el dueño del rancho Atkinson?

¿O era que Sammy había demostrado ser un perfecto inútil?

Menos mal que había tenido suerte, ya que Sammy murió. De haber quedado herido, aquel estúpido habría contado la verdad. Los moribundos hacían esas cosas para quedar en paz con su conciencia. Deseó con todas sus fuerzas que Sammy se estuviese asando en las llamas del infierno.

Pero él, Clive, tenía una inteligencia muy rápida. Y ya había

montado su nuevo número. Sólo estaba esperando una oportunidad para exhibirlo. Y el propio Ralph Douglas se la ofrecía. Hizo chascar los dedos y dijo:

—Ya conozco a la persona que compró a Sammy.

—¿Quién es, señor Atkinson? —preguntó Douglas.

—William Donat.

—Oh, no, tío. ¿Cómo puedes pensar eso? —exclamó Selena.

—Está la mar de claro, sobrina —contestó Clive—. ¿Quién es nuestro enemigo…? ¿Quién está deseoso de hacernos desaparecer…? ¡Sólo William Donat…! Las aguas del lago Georgia son muy importantes para él.

—Pero Donat se acercó humildemente a nuestra mesa y trató de convencerme por las buenas.

—Conozco bien a William Donat. Fue un acto hipócrita por su parte. ¿Te das cuenta, Selena? Sólo quiso prepararse una coartada. Para ese entonces, ya había contratado a ese marinero. Ahora todo aparece claro en mi cabeza. ¡Ya no tengo ninguna duda! ¡Ha sido William Donat quien quiso librarse de ti!

—Pero tío si yo hubiese muerto, tú serías el heredero.

—Claro, pero William Donat también habría terminado conmigo. Probablemente, en este mismo viaje ese marinero se habría encargado de mí, y William Donat hubiera llegado a Corpus Christi victorioso, satisfecho. No habría tenido a ningún Atkinson que le parase los pies.

—Señor Atkinson —intervino Ralph—. ¿Por qué no me cuenta su problema con William Donat?

—Encantado, señor Douglas. Ahora lo sabrá todo…

A continuación, Clive explicó a Ralph el litigio que existía acerca de las agua del lago Georgia. Naturalmente, lo hizo a su manera, poniendo un gran entusiasmo en demostrar que únicamente Selena Atkinson tenía derecho a las aguas de aquel mal llamado lago.

—Ese miserable quiere quedarse con el lago… Y por lo que acaba de demostrar, está dispuesto a echar mano a todos los medios.

—Tío, no se puede demostrar que William Donat pagó al marinero.

—Sí, es cierto que no lo podemos acusar ante un tribunal. Pero, eso a mí no me importa. Sólo puede ser él, Selena. ¡Sólo él!

* * *

William Donat estaba almorzando en el comedor, en compañía de la pelirroja Terry. Un hombre se acercó a la mesa. William alzó los ojos y sus labios se crisparon en una mueca al ver a Ralph Douglas.

—¿Viene a disculparse por lo de anoche, señor Douglas?

—Sí, vengo a disculparme por no haberle roto la crisma.

—Cuidado, señor Douglas. No consiento que me insulte delante de una mujer.

—Entonces, dígale a ella que se marche, porque voy a continuar insultándole.

Terry se había quedado asombrada al oír a Douglas. Sonrió levantándose.

—Entonces, caballeros, me permitirán que me retire.

—¡Quédate! —gritó el ranchero.

—Pero él ha dicho…

—¡No importa lo que él haya dicho! ¡Es a mí a quien has de obedecer!

—Sí, William —contestó la joven y volvió a ocupar la silla.

Tras la pausa, Donat volvió a mirar con ojos de odio al jugador profesional.

—Termine pronto, señor Douglas, y continuaré mi almuerzo.

—¿Cuánto le pagó a Sammy Hans?

—¿Eh?

—No me diga que no lo conoce.

—¿Sammy Hans? No he oído ese nombre en mi vida.

—Ya lo suponía.

—Señor Douglas, ¿qué es lo que pretende con esta interrupción?

—Un marinero llamado Sammy Hans intentó anoche asesinar a Selena Atkinson.

—No me diga.

—Por fortuna, yo pude impedirlo.

—Enhorabuena, señor Douglas. Parece un hombre que está en muchos sitios a la vez.

—Usted es la única persona que tiene interés en eliminar a la señorita Atkinson.

—¿Quien le ha dicho eso?

—Clive Atkinson me contó el litigio de ustedes con respecto a

las aguas del lago Georgia.

—Comprendo, y naturalmente, el señor Atkinson ha dirigido las sospechas de asesinato hacia mí —Donat se echó a reír—. Atkinson demuestra ser muy listo.

—¿Qué quiere decir, señor Donat?

—Me crea usted o no, nunca contraté a nadie para asesinar a la señorita Atkinson. Su hombre no soy yo, señor Douglas… Hablé con Selena, y ella pareció demostrar interés en solucionar razonablemente el litigio a que usted alude. Pero, claro, eso no le conviene al señor Atkinson.

—¿Por qué no le conviene?

—Porque estoy seguro de que él ha soñado más de una vez con llegar a ser el propietario del rancho Atkinson.

—De modo que, según usted, Clive Atkinson fue quien contrató los servicios de Sammy Hans.

—No lo creo. Estoy seguro de ello.

—Es fácil acusar a una persona cuando no existen pruebas.

—Pregúntele al marinero.

—El marinero no puede hablar. Lo maté yo en legítima defensa.

—Entonces no debió tirar con tanta puntería, Douglas. Muchas veces me he dicho que el ser demasiado rápido puede ser una dificultad.

—¿Quien le ha dicho que soy rápido con el revólver?

William Donat quedó en suspenso unos minutos y, finalmente, dijo:

—Oí hablar de usted. Me dijeron que es tan bueno como el mejor
gun-man.

Ralph se inclinó sobre la mesa y golpeó con el dedo índice en el pecho del ranchero.

—Métase esto en la cabeza, Donat. Deje en paz a Selena Atkinson. No trate de hacerle daño alguno. Si no me hace caso, le juro que lo mando al infierno.

El rostro del granjero empalideció visiblemente, pero no pudo decir nada porque se quedó mudo.

—Que aproveche —dijo Ralph y, dando media vuelta, se alejó de aquella mesa.

—¡Demonios, qué hombre! —exclamó Terry.

—¿Quieres que te rompa la cara, rojiza?

—Perdona, William, no lo dije para molestarte.

—Es un fanfarrón… Sólo eso.

—¿Por qué no le hiciste frente?

—Yo te lo diré, grandísima idiota… Él es un gun-man. ¿No oíste a Moore lo que dijo de él? ¿Qué es lo que querías? ¿Que sacase el revólver para que me llenase de plomo? ¡En esta vida hay que saber perder!

—Sí, William. Tienes razón.

—Pero no creas que le voy a perdonar esto… Douglas lo vas a pagar. Te lo juro, nena. Haré que se arrepienta de lo que ha dicho.

Terry sintió un escalofrío por la espalda, porque sabía que William nunca amenazaba en vano.

CAPÍTULO VII

—Mañana nos separaremos, Ralph —dijo Selena—. Llegaremos a Corpus Christi al amanecer.

Era de noche y estaban en la cubierta, apoyados en la barandilla, enfrentados al mar.

—Ralph, tú continuarás hacia México.

—Compré billete hasta Veracruz.

—¿Que harás en Veracruz?

—Estaré allí unos días.

—¿Vas a ver a alguien en especial?

—Sólo por mi profesión… En Veracruz hay unos cuantos garitos. Nunca estuve allí… Pero me han hablado bien.

—¿Te gusta jugar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aprendí a jugar desde niño. Me enseñó un hombre que murió… Él decía que el juego es una de las fuentes de conocimiento del hombre… Y tenía razón. Una persona te puede engañar en su trato, con su palabrería con sus promesas. Pero no puede engañar en una mesa de juego. Es ante el tapete donde se demuestra exactamente cómo se es. No valen ninguno de los trucos, esos trucos que se acostumbran a utilizar en la vida. En una mesa de juego, cada persona obra tal como es. Yo, al menos, los veo como si fuesen transparentes, advierto sus defectos, sus virtudes.

—Hablas con mucho entusiasmo del juego. Y me temo que siempre continuarás yendo de un lado para otro.

—Me gusta mi forma de vida.

—¿No la cambiarías por nada?

—A veces he pensado en retirarme, pero muy pronto renuncio a

ello.

—Tengo frió, Sera mejor que me marche.

—Espera Selena.

Ella le miró a los ojos y Ralph se inclinó y la besó en los labios. Selena levantó los brazos para abrazarlo, pero se detuvo a medio camino. Ralph se separó y dijo:

—Te acompañaré a tu camarote.

Ella se quedó asombrada.

—No, espera, Ralph.

Él se volvió.

—¿Me quieres decir algo?

—Sí. Preguntarte el significado de ese beso.

—Era la despedida.

Aquellas palabras irritaron más a la joven.

—¿Me quieres, Douglas?

—No.

—Entonces, ¿por qué me has besado?

—He pensado que no te volvería a ver más.

—He sido una estúpida al creer en ti.

—¿Qué quieres decir?

—Durante dos días hemos estado juntos…

—Conservaré un grato recuerdo de nuestras conversaciones.

—Miren al hombre duro. Él me va a recordar siempre.

—Es posible.

—¿Por qué no me has dicho que estabas enamorado de mí?

—Porque no lo estoy.

—Mientes. ¡Lo estás! ¡Tú me quieres! ¿Por qué no lo confiesas? ¡Anda, dilo!

—No seas chiquilla, Selena.

—De modo que ahora soy una chiquilla, pero cuando me has besado no has pensado que lo era.

—Oye, Selena. Voy a decirte la verdad.

—Atención, señoras y caballeros, el hombre duro va a hacer una confesión… Apresúrense a comprar sus boletos antes de que se acaben.

—Te sienta muy mal el sarcasmo.

—Perdona, pero no lo he podido evitar. Anda, habla.

—Siento un gran interés por ti.

—Continúa.

—Eres una mujer maravillosa, y creo que el hombre que se case contigo sería feliz.

—¿No lo serías tú?

—No, yo, no.

—¿Y por qué no?

—Eres la dueña de un rancho. La joven agrandó los ojos.

—Eso es lo más estupendo que oí en mi vida —rió con nerviosismo—. Hasta ahora siempre pensé que el ser dueña de un rancho seria atractivo para el nombre que pretendiese casarse conmigo.

—Para mí, no.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Quiero vivir mi vida.

—Oh, sí. Tú quieres ir de un lado para otro, de garito en garito. Siempre conociendo a las personas. ¿Vas a escribir un libro? Debe ser muy voluminoso. Si empezaste a conocer a las personas desde niño, debes tener un buen archivo.

—Me conozco bien, Selena. Y sé que no podría resistir mucho tiempo en un rancho…

—¿Crees que los dueños de los ranchos están metidos en cajones?

—Yo sé lo que me digo.

—Te conozco ahora bien, Ralph, y no he necesitado una mesa de juego para ello. Eres un aventurero, Ralph. Sólo eso… Y además, un egoísta. No te interesa tener una familia porque te haría más responsable. Y eso sería demasiado para ti. Ralph, ¿por qué preocuparte por más personas? ¿Por una mujer? ¿Por unos hijos? Eso sería muy complicado para ti. Tú quieres ser el principio y el fin de ti mismo… ¡Muy bien, señor Douglas! ¡Continué su vida, le deseo una gran suerte!

Selena fue a marcharse, pero Ralph la tomó del brazo.

—Suéltame —exclamó la joven.

—Espera, sólo quiero agregar una cosa. Tienes planteado un problema, me refiero a ese ranchero que trató de matarte, y te lo voy a resolver.

—¡No es necesario que hagas nada.

—Lo haré, porque no quiero que te maten.

—¿Qué te importa lo que puedan hacer conmigo?

—Me importa más de lo que crees.

—Agradezco tu sacrificio, pero te repito que no me haces falta para nada… Si alguien quiere matarme, es cuenta suya. Déjame en paz!

—No Selena no te dejare.

La joven dio un tirón fuerte desasiéndose del brazo de él y abandono la cubierta.

* * *

Clive Atkinson, escondido, había escuchado la conversación entre los dos jóvenes. Se estremeció al oír las palabras de Ralph Douglas. Él iba a resolver el problema de Selena con respecto al marinero que había tratado de matarla. ¿Quería decir que Douglas sabía que él, Clive, era el autor del doble atentado?

Se apresuró a desaparecer por el lado contrario que lo había hecho Selena. Poco después, entraba en su camarote. Se quitó el cinturón con el revólver y lo colgó de la percha. Luego tomó el Colt y lo puso debajo de la almohada. Seguidamente se desvistió y se metió en la litera. Acababa de hacerlo cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Ralph Douglas.

Ya estaba allí el maldito entrometido. Pero ahora debía calmarse. No debía tener miedo. Tocó el revólver por debajo de la almohada para darse ánimos.

—En seguida le abro —dijo.

Fue hacia la puerta y descorrió el pestillo. Se restregó los ojos como si acabase de despertar y bostezó.

—Estaba durmiendo —dijo.

—Me respondió en cuanto llamé.

—Tengo el sueño muy ligero… ¿Qué quiere, señor Douglas?

—Hablar con usted con respecto a ese marinero que trató de asesinar por dos veces a Selena.

—¿Ha descubierto algo?

—Sí.

—¿Qué fue lo que descubrió?

—Que usted habló con Sammy en el camarote de él la noche en que intentaron asesinarla por segunda vez.

Clive se puso muy serio.

—Imagino que está bromeando, Douglas.

—No bromeo.

—¿Quién le ha dicho eso? —hizo una pausa—. Ya entiendo habló con William Donat y él dijo que fui yo quien habló con el marinero.

—Donat sólo sugirió que usted tenía más interés que él en eliminar a su sobrina… Me pareció interesante que yo investigase por ese lado, y encontré a un marinero que lo vio entrar en el camarote de Sammy.

—Ese hombre miente.

—Da la casualidad de que ese hombre también lo vio usted en cierto lugar que Sammy frecuentaba. En un cafetín de Nueva Orleans. Eso ocurrió el mismo día de nuestra partida. Usted visitó el cafetín El Ojo Parpadeante.

—¿Qué importa que yo entrase en un cafetín del puerto para beber un *whisky*?

—Usted no bebió ningún *whisky*… Al menos en el mostrador, se fue a un reservado.

—Muy bien, Douglas. Fui allí porque me interesaba una mujer…

—Mi informador me ha dicho que Sammy estaba enamorado de una chica que trabajaba en el cafetín… Puedo suponer lo demás… Usted contrató a Sammy… Por eso, Sammy trató de matar a Selena con aquel barril, porque ya había sido pagado por usted…

Atkinson sintió la garganta reseca. ¿Por qué habían ocurrido las cosas así? ¿Por qué aquel maldito jugador profesión había investigado hasta dar con la verdad?

—Comprendo su juego, Douglas… Usted ha puesto los ojos en mi sobrina… Selena es dueña de un rancho, y ha pensado casarse con ella, pero no quiere que nadie le haga sombra.

—No diga estupideces, Clive. No voy a casarme con su sobrina.

Atkinson estaba muy cerca de la litera. Sólo tenía que hacer un pequeño movimiento para apoderarse del revolver pero sabía que Douglas era muy rápido y quería tener todas las ventajas. Cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza.

—Sólo está consiguiendo una cosa, Douglas. Ponerme enfermo… Estoy delicado del corazón…

—Sólo quiero que confiese ante el capitán.

—¡Eh! ¿Qué dice?

—Va a contar la verdad… Las autoridades se encargaran de usted cuando lleguemos a Corpus Christi.

Clive Atkinson se tambaleó. Con eso consiguió acercarse a la cabecera de la litera. Levantó la mano izquierda, poniéndola en su corazón.

—Va a acabar conmigo, Douglas… Va a acabar conmigo —repitió.

Se sentó en el borde de la litera y osciló hacia la izquierda. De esta forma, pudo introducir la mano bajo la almohada sin que Ralph pudiese verlo.

—Traeré al capitán y al doctor —dijo Ralph.

Clive dio la vuelta con el arma en la mano. Se oyó un doble estampido. Atkinson había querido sorprender a Douglas de espaldas, camino de la puerta, pero el joven no había empezado siquiera a girar. Por eso, Ralph pudo sacar y apretar el gatillo en la misma fracción de segundo. Clive Atkinson hizo fuego atolondradamente y la bala rozó el hombro de Ralph, incrustándose en la puerta. Por el contrario, el proyectil de Ralph se enterró en la parte derecha del pecho de Atkinson. Cayó sobre la almohada lanzando un rugido de dolor. Su mano colgó lánguidamente por el borde de la litera, y dejó caer el revólver.

Ralph se acercó al hombre que había herido.

—No ha debido hacer eso, señor Atkinson.

—Me muero… Un médico… Traiga un médico.

La puerta del camarote se abrió bruscamente y entró Selena. La joven hizo un gesto de sorpresa al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Tras Selena apareció el oficial Brix con una pistola en la mano.

—¡Tío! ¿Qué ha pasado…?

Clive dejó escapar un hilillo de sangre por la comisura de los labios. Sonrió débilmente. ¿Era cierto que los moribundos confesaban para quedar en paz con su conciencia? Ya había acabado todo para él. Nunca sería el dueño del rancho Atkinson.

—Perdóname, Selena…

—¿Qué es lo que tengo que perdonar…?

—Yo pagué al marinero para que te matase…

—¡No, tío…!

—Sí, Selena… No vale la pena negarlo… Por suerte para ti

tuviste al lado a Ralph… Lo siento, querida… Lo siento… Luego, Atkinson expiró.

CAPÍTULO VIII

El barco había llegado a Corpus Christi. Ralph estaba acodado en la borda, mirando el muelle El ranchero Donat se acercó a él.

—Gracias a mí pudo ajustar las cuentas a ese miserable de Clive.

—No debería hablar así de un hombre muerto, William.

—Pero no me negará que era un asesino.

—Olvídelo, Donat.

—Oh, sí, claro. Lo voy a olvidar porque tengo una razón muy poderosa para ello. He estado hablando con Selena, me ha dado seguridad de que mis reses podrán abrevar en lago Georgia.

—Enhorabuena.

—De modo que, de rechazo, usted estaba trabajando para mí. Clive Atkinson nunca habría consentido en una transacción para que mi ganado aprovechase las aguas… Tengo entendido que usted sigue a Veracruz.

—Sí.

—He de ir a mi camarote para ordenar mi equipaje. Le deseo un buen viaje, señor Douglas.

Douglas contestó con un gruñido, porque Donat le resultaba desagradable.

William entró en su camarote, donde lo esperaban Terri y Moore.

—¿Cómo terminó su entrevista con Selena? —preguntó el pistolero.

—La mar de bien. La chica ha dado todas las facilidades. La paz reinará entre ella y yo.

—Lo celebro. Así podré continuar mi viaje a Veracruz en busca de mujeres de ojos negros y piel canela.

—Ya te dije que en Corpus Christi tenemos mujeres de esa clase.

—No le entiendo.

—¿Crees que me voy a conformar con esa solución…? Ahora ya me puse en marcha y no me detendré. Quiero todo el lago… Y con eso, quiero decir que mi plan sigue en pie. Acabaremos con los pistoleros de Atkinson.

Hugh Moore sonrió.

—No está mal. ¿Y después?

—Obligaré a la señorita Atkinson a que me venda su rancho. Ella está sola. Y no tendrá más remedio que vender cuando su situación sea insostenible. Ahora ya no tiene a su condenado tío para que le eche una mano… Es curioso, soy el que maneja los naipes del triunfo… ¿Te das cuenta, Hugh?, daré el juego a mi manera. Y voy a ganar todas las bazas.

—Eso parece.

—¿Tienes alguna duda?

—Estaba pensando en Ralph Douglas.

—Acabo de hablar con él en cubierta.

—¿Qué le dijo?

—Ralph se separa aquí de la muchacha. Continúa a Veracruz.

—Es la mejor noticia para usted, William.

—Sí. Y al parecer, también para ti, puesto que le concediste un cincuenta por ciento de probabilidades, si sostenías un duelo.

Hugh sonrió.

—Le dije la verdad, William.

—Yo voy a eliminar todas las posibilidades.

Hugh Moore arrugó el entrecejo.

—No le entiendo.

—El barco estará todo el día en Corpus Christi y es lógico que Ralph Douglas salga para jugar una partida de naipes en cualquier garito.

—Sí, es lógico que lo haga.

—Nunca volverá a entrar en este barco…

—¿Qué es lo que le ha preparado? —inquirió el pistolero.

—Conozco a unos amigos con los que voy a hablar dentro de un rato. Ellos se encargarán de liquidar a Ralph Douglas.

—Oiga, William, es mejor que no haga eso.

—¿Por qué no?

—Usted mismo ha dicho que Douglas va a continuar su viaje a

Veracruz. ¿Qué le importa a usted que siga viviendo si no le va a molestar en su negocio?

William sonrió, mostrando unos dientes apretados.

—Te voy a dar una respuesta, Hugh. Nadie me humilla sin pagarlo… Y eso fue lo que hizo Douglas… Ese bastardo me golpeó delante de varias personas… Lo he sentenciado muerte. Y ahora ha llegado el momento de que la sentencia se cumpla. ¿Tienes algo que objetar…?

Hugh negó con la cabeza.

—No, señor Donat, usted es el patrón, y no debo meterme en sus asuntos privados.

—Así me gusta, Hugh. Creo que tú y yo llegaremos lejos.

* * *

Ralph Douglas llamó en la puerta del camarote de Selena.

—Adelante —dijo la voz de la joven.

Selena estaba en el centro de la estancia, cubierta con un vestido oscuro. Enarcó las cejas.

—Creí que nos habíamos despedido ya, señor Douglas Ralph carraspeó.

—Vengo a ofrecerte mis servicios.

—¿Me está diciendo que quiere trabajar en mi rancho?

—Sí, Selena.

—¿Lo ha pensado usted, señor Douglas?

—Deja ya de llamarme señor Douglas, y tutéame como antes —dijo Ralph.

—Muy bien, te tutearé. No necesito tus servicios.

—¿Por qué no?

—Todos los problemas quedaron resueltos.

—Pero estás sola…

—No te preocupes por mí… Sabré arreglármelas…

—Selena, he estado pensando en ti y en mí.

—No hace falta que continúes. Sé todo lo que has pensado, una pobre huerfanita. Has sentido piedad por mí. Mi tío me traicionó. Al fin y al cabo, tú fuiste quien lo mataste, aunque lo hicieses en defensa propia. Es todo eso lo que has pensado. Confiésalo.

—Sí.

—Gracias, Ralph, pero ahora te voy a dar mi respuesta. Por nada

del mundo te contrataría.

—Deja el orgullo a un lado, Selena.

—No hay nada de orgullo en mis palabras… He descubierto ante tus ojos lo que te hizo dar este paso. Sólo la piedad.

—No, Selena.

—No te engañes a ti mismo, Ralph… Sería muy malo para los dos… Continúa tu vida independiente, tal como lo habías planeado… Es mucho mejor que nos separemos… Yo levaré una vida sencilla en mi rancho, sin complicaciones… Ya le he dicho a Donat que permitiré que sus reses abreven en el lago Georgia… El rancho Atkinson será un lugar feliz, donde reine la paz… Demasiado pacífico para un hombre tan ávido de emociones como tú. Y en cuanto a mi futuro, si es eso lo que te preocupa, será también muy sencillo… Algún día conoceré un hombre que me quiera, y del que yo también me enamore… Nos casaremos, tendremos hijos y llevaremos una vida vulgar. Pero yo estaré muy satisfecha de ella… Puedes irte tranquilo, Ralph. Te aseguro que yo también lo estaré…

Hubo un silencio. Ralph sacudió la cabeza y dijo:

—Creo que no hay nada más que agregar.

—Nada, Ralph.

—Quizá algún día nos veamos.

—Seguro —sonrió ella—. El destino es muy caprichoso con las personas.

Douglas también sonrió, porque eran las palabras que él había dicho, cuando la conoció en aquella habitación del hotel.

Selena lo vio salir del camarote y se mordió con fuerza el labio inferior. Bueno, ya se había cerrado aquel capítulo de su vida. Porque sólo era eso: un capítulo. Nunca volvería a ver a Ralph Douglas. Él había pasado por su vida dejando una huella. La pregunta era si esa huella sería profunda. Pero no supo contestarse.

CAPÍTULO IX

Ralph Douglas entró en el saloon Los Caribes. El local aparecía lleno de clientela. Fue al mostrador y pidió un *whisky*. Sintió una mano en el brazo y, al volver la cabeza, vio una rubia platino que le sonreía.

—Hola, grandullón, ¿dónde te metiste que no te vi en todo este tiempo?

—Viajé por el río desde Nueva Orleans a San Luis.

—¿Es un chiste…?

—No, nena. Es la primera vez que piso esta ciudad.

—Mi nombre es Ann Wagner y tengo ganas de pasarlo bien con un grandullón como tú.

Ralph había ido allí, no por el deseo de jugar, sino precisamente por encontrar una mujer. Eso era muy extraño en él, ya que, cuando llegaba a un saloon, lo primero que hacía era buscar una mesa de juego.

Caía simpático a las mujeres y por esa razón nunca las había buscado, porque siempre lo encontraban a él. ¿Por qué cambiaba ahora de sistema? Sólo tuvo una respuesta: por olvidar cuanto antes a Selena.

—Anda, ven conmigo —dijo la rubia platino, colgándose de un brazo.

Él aceptó.

—Todavía no conozco tu nombre —dijo Ann.

—Ralph Douglas. Subieron por una escalera y, poco después, se encontraron en una habitación donde había un par de sillones y un sofá con una mesita en el centro.

Ann no necesitó pedir nada. Se abrió una puerta y entro un camarero trayendo una bandeja con una botella y dos vasos.

Luego el camarero desapareció con la misma diligencia, sin decir nada, como si estuviese acostumbrado a aquella clase de servicios. La rubia platino escanció en los dos vasos y alargó uno a Ralph.

—¿Por qué brindamos, querido…?

—Por ti y por mí…

—Eso es. ¿Qué nos importa el resto del mundo…?

Ralph se quedó con el vaso cerca de su boca. Ann había elegido las peores palabras. ¿Qué le importaba a él el mundo…? ¿No era eso más o menos lo que le había dicho Selena? La joven lo había acusado de ser un egoísta, de no preocuparse más que de él mismo.

—¿Por qué no bebes? —preguntó Ann, interrumpiendo sus pensamientos.

—Oh, sí, disculpa. Me había distraído.

—¿Quién es ella? Ralph sintió que el *whisky* se le iba por otro lado y tosió fuerte.

—¿A quién te refieres, Ann?

—Llevo muchos años en este oficio y he aprendido a conocer a los hombres… Sé cuándo están preocupados por una mujer.

—Me parece que trajiste aquí el peor compañero para un rato de diversión.

—No te preocupes. Yo tengo muy pocos problemas y me gusta escuchar los de los demás.

—Ya no los tengo. Lo resolví bien.

La rubia platino dio un suspiro.

—Eso es algo muy gracioso. Los hombres siempre están resolviendo problemas, y, la mayoría de las veces, los complicáis más.

Ralph sonrió.

—Deja de hacer la abuelita.

Ann fue a su lado, se inclinó sobre él y lo besó en los labios.

—Como tú quieras, Ralph. Sólo quería ayudarte.

—Se agradece, rubia. Pero ya hace mucho tiempo que salí de la escuela.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron dos hombres. La rubia platino y Ralph miraron hacia ellos.

—Eh, muchachos —dijo Ann—. Esta habitación está ocupada.

—Ya lo vemos —contestó el más alto de los tipos, y cerró la puerta.

Ralph frunció el entrecejo.

—¿Amigos tuyos, Ann?

—No. En mi vida los he visto.

El alto esbozó una sonrisa.

—Permítanme que nos presentemos. Yo soy Tim y éste es Tom. Señaló a su compañero, que era mofletudo, de ojos pequeños, muy separados, nariz chata y bigote finamente recortado.

—¿Qué buscan aquí, Tim y Tom? —preguntó Ralph.

—Mi amigo y yo queremos jugar al póquer y nos falta un tercer elemento. Pensamos que podría ser usted.

—¿Por qué yo?

—Porque nos dijeron que sabe manejar los naipes.

A Ralph no le gustó nada la aparición de aquellos dos hombres, pero ahora le gustó menos su forma de hablar sabía olfatear a dos asesinos a una milla de distancia, porque había conocido a muchos durante su vida en el río Estaba seguro de que aquellos dos fulanos pertenecían a aquella clase de fauna, matones profesionales, y, desde luego, podía jurar que no se llamaban Tim y Tom.

Pero se encontraba en una situación muy precaria con respecto a los dos muchachos. Ellos estaban en pie, junto a la puerta, los brazos colgando a lo largo de los costados, y él Ralph, se hallaba sentado en el sofá, casi sosteniendo a Ann porque la habían sorprendido cuando se inclinaba sobre él. Si trataba de incorporarse para sacar, Tim y Tom lo coserían al tapizado.

—Amigos, yo no les convengo como compañero de póquer —respondió.

—¿Por qué no? —inquirió Tim.

—Me gano la vida con el juego.

—Vaya, eso es una sorpresa, ¿verdad, Tom?

—Sí, lo es —asintió el mofletudo—. Ya lo dice el proverbio. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Fue una suerte para Ralph que Ann se apartase de él.

—Eh, ustedes —dijo la rubia platino—. Están diciendo tonterías. ¿Por qué vinieron aquí en busca de un compañero de juego, si abajo, en el saloon, pueden encontrar a medio centenar?

—Tú a callar, rubia —aconsejó Tim.

—No consiento que nadie me diga que me callé. La rubia platino se puso en pie muy ofendida.

—Será mejor que se larguen o tendré que llamar a los limpiadores del local.

Ralph se dio cuenta de que ella estaba haciendo una comedia. Aquella chica era una veterana en la profesión y tenía que saber perfectamente que aquellos dos fulanos no habían ido allí a ventilar una partida de póquer. Su misión era otra: matar.

—Nena —dijo Tim—, te vas a estar calladita o también va a haber para ti.

—¿Qué es lo que va a haber para mí, bocazas…?

Tom se echó a reír.

—Eh, Tim, la muñeca de plata te salió respondona.

—En cuanto le parta la boca, se va a poner más suave que un guante.

Ann se cruzó entre Ralph y los inesperados visitantes. Ralph pudo sacar entonces, pero tuvo miedo por la muchacha.

—¡Quítate de en medio, chica! —gritó Tom y saltó a un lado.

Ann se detuvo y miró a su espalda. Expresó en su rostro un gran pesar al ver que Ralph continuaba sentado.

—Nena, te dije que no molestases —habló Tim—. Anda, ponte a un lado.

—Pero él no quiere jugar con ustedes…

—He dicho que te calles —dijo Tim, y le pegó con la mano en la cara.

Ann se tambaleó y cayó al suelo.

Tom desvió los ojos hacia la rubia platino.

Fue entonces cuando Ralph saltó del sofá y su revólver se puso a vomitar plomo.

Tim y Tom sacaron también con una velocidad escalofriante. Igual que Ralph, apretaron el gatillo. Pero Ralph les había sacado una decisiva ventaja. Tim recibió una bala en el estómago y, al agacharse, otra le entró en la cabeza. Tom no tuvo suerte, porque un proyectil le destrozó la barbilla y el segundo se le llevó media cara.

Ann Wagner lanzó un chillido desde el suelo. Ralph se levantó y acudió a su lado.

—Cálmate, nena. Ya todo pasó. La muchacha cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Ann, ¿por qué hiciste eso?

—Me fuiste simpático y ellos, por el contrario, me cayeron desagradables. ¿Por qué te buscaban?

Ralph se quedó pensativo.

—Por algo que pasó en el barco que me trajo aquí.

La puerta se abrió, dando paso a un empleado y a un hombre que ostentaba una estrella en el pecho. Éste era de unos cuarenta y cinco años, alto de cabello castaño.

—¿Qué pasó aquí? —pregunto el representante de la ley.

Ralph ayudó a Ann a levantarse.

—Ralph, —dijo— ése es el *sheriff* de Corpus Christi. Evan Travers. *Sheriff* le presento a Ralph Douglas. Fue él quien liquidó a esos dos asesinos se llegaron aquí para hacerle un relleno de plomo Ralph se limito a defenderse.

El *sheriff* entrecerró los ojos y pregunto.

—¿Por qué fue la pelea, Douglas?

—No hubo tal pelea.

—No me diga que ellos querían cargárselo, porque no les gustó el tamaño de su nariz o el color de sus ojos.

—*Sheriff*, estos dos hombres fueron pagados por alguien para que me asesinasen.

—¿Quién les pagó?

—No tengo pruebas.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Hoy. Viajo en el Nebraska.

—Su barco saldrá dentro de unas horas, Douglas. ¿Hasta dónde lleva billete…?

—Hasta Veracruz.

—Lo celebro. No me gasta que los forasteros busquen jaleos en mi ciudad. Ya tenemos bastante con los que organizan los ciudadanos.

—¿Puedo marcharme, *sheriff*?

—Desde luego, y buen viaje.

—Es usted muy amable, Travers.

Ralph salió de la habitación y Ann lo acompañó. En el corredor los dos se detuvieron y él le palmeó la mejilla.

—Hasta la vista. Ann.

—Deberías decir, hasta nunca.

—¿Por qué?

—Yo acerté. Hay una mujer en tu vida, y tengo la impresión que esos dos hombres te ayudaron a tomar una determinación.

—Suerte, Ann.

—Lo mismo te deseo.

* * *

Hugh Moore, al frente de los doce pistoleros que había contratado, llegaron a orillas del lago Georgia. Las reses con la marca de Atkinson estaban abrevando y eran custodiadas por unos diez hombres. Hugh identificó a los dos tipos que estaban sentados bajo una encina. Ellos también vieron llegar la tropa y se incorporaron, reflejando en su cara una gran sorpresa.

—Hola, Conrad —saludó Hugh Moore—. ¿Qué tal estás, Pat?

Conrad tenía sangre mexicana en sus venas, y era de piel cobriza, nariz muy chata y hocico saliente.

—Eh, Hugh, ¿qué haces por aquí…?

—Me contrataron para hacer un trabajo.

—Creí que estabas por Abilene.

—Estuve en Abilene hasta hace cuatro meses, pero me cansé de aquello, como vosotros.

Pat Sullivan era muy rubio, de cejas blancas. Estaba observando a la tropa que Moore traía.

—Eh, Hugh, parece que vais en plan de guerra.

—Es posible.

—¿En qué consiste tu misión?

—En acabar con los tipos que se oponen a que las reses de William Donat abreven en este lago.

Conrad y Pat permanecieron inmóviles. Fue Pat quien rompió el silencio. Primero forzó una sonrisa y luego dijo:

—Eh, Hugh, aquí no hay guerra y no tenemos por qué pelear entre nosotros.

—No fue lo que me dijeron a mí.

—¿Qué te dijo tu patrón?

—Que vosotros, los de Atkinson, lo echasteis del lago.

—Seguro que hubo un mal entendido —repuso Pat—. Pero no fue cosa nuestra, sino de Clive Atkinson… Ahora ya está muerto y su sobrina, Selena, llegó al rancho y nos dio otras órdenes… Dijo

que las reses de Donat pueden abrevar. Las hemos estado esperando, pero no las hemos visto aparecer…

—Vienen detrás de nosotros…

—¿Lo ves, Hugh…? Todo está arreglado y no hay que sacar los revólveres. Aquí hay agua para todos.

Hugh Moore, que no había sonreído una sola vez desde que se inició el diálogo, lo hizo ahora, dejando ver unos dientes manchados de nicotina.

—Sois un par de buenos muchachos. Luego sacó el revólver y se puso a disparar. Sus hombres lo imitaron.

Conrad Forbes fue partido materialmente en dos por el plomo.

Pat Sullivan saltó, mientras desenfundaba. Se dejó caer en el suelo y ya estaba disparando. Logró desmontar a uno de los jinetes, pero ya no pudo hacer más, porque media docena de proyectiles lo picotearon de la cabeza a los pies, haciéndole saltar en la hierba como un muñeco de trapo.

—¡A por los demás, muchachos! —dijo Hugh.

Los hombres de Forbes y Sullivan estaban intentando buscar un refugio, pero la mayoría de ellos fueron atrapado por las balas antes de que lo pudiesen conseguir.

Sólo dos lograron saltar a las monturas y escapar con vida de aquella trampa mortal.

Hugh lanzó una carcajada. Se volvía como loco cuando olía la sangre. Oyó una cabalgada a su espalda y William Donat se le acercó.

El ranchero miró los cadáveres que había en aquella orilla, y palmeó a Hugh en la espalda.

—Fue un buen trabajo. Hugh.

—El señor está servido.

—Gracias, Hugh lo hiciste bien —Ya le dije que todo iría de primera. ¿Qué tal se siente un hombre que acaba de tomar posesión de un lago?

—Muy bien, Hugh. Te aseguro que me siento muy bien.

Moore señaló las reses que llevaban la marca de Atkinson y que estaban iniciando una estampida.

—¿Qué hacemos con ellas?

—Déjalas que corran, Hugh. No llegarán más allá del Valle Seco, pero les costará unos cuantos días reunirlas.

—¿Por qué no se queda con ellas…?

—Las cosas a su tiempo. Siempre por el camino legal. Llevan la marca de Atkinson y, si yo me las quedo, sería un robo. Prefiero comprárselas a Selena. Aunque, naturalmente, el rebaño quedará incluido en el rancho. Todo es un lote.

—No está mal pensado.

—Hugh, debes aprender a respetar la ley. Moore rió otra vez suavemente.

—Es usted el mismo demonio, William.

Donat dio un suspiro.

—Sólo siento una cosa.

—¿El qué, patrón?

—Que esto no lo pueda ver Clive Atkinson. Me habría gustado mucho. Seguro que Atkinson hubiese echado espumarajos de rabia por la boca.

—No se puede tener todo en este mundo.

—Sí, Hugh. Tienes razón. La felicidad nunca es completa.

Los dos hombres se miraron. William Donat rompió a reír estruendosamente y el gun-man lo secundó.

CAPÍTULO X

Selena Atkinson estaba muy pálida después de haber escuchado el relato de los dos supervivientes.

—Fue una masacre espantosa, señorita. Se lo aseguro.

El que hablaba era un mestizo que respondía al nombre de Joe Smith.

—Frank y yo lo vimos bien, señorita… Eran pistoleros.

Selena se volvió hacia el capataz del rancho, Jerry Carson.

—Jerry, ¿quiénes eran esos hombres?

—Nunca ocurrió nada parecido.

—Te he preguntado quiénes eran…

—Sólo pueden ser hombres al servicio de William Donat.

—Eso es imposible. Ya te he dicho la clase de acuerdo que hice con el señor Donat. Le dije que sus reses podían abrevar en el lago Georgia.

—Sin embargo, no hay otra persona que pueda tener interés en perjudicarla.

—Quizá se trata de una pandilla de pistoleros que estaban aquí de paso.

—No lo creo, señorita. Los pistoleros asaltan Bancos, trenes y hasta roban en las casas. ¿Pero qué interés tendrían en asesinar a nuestros hombres…?

—Quizá lo único que pretendían era robar nuestras reses. —No lo creo, señorita Atkinson… Las reses llevan nuestra marca y esos pistoleros saben que no podrían ir muy lejos con el ganado… Frankie y Joe dicen que las reses se espantaron cuando se originó el tiroteo. Se produjo una estampida, y nos llevará un par de días reunir las cabezas en Valle Seco. Tal como veo yo las cosas, todo esto se debe a la mano de William Donat.

—Continúo sin creerlo.

—Usted me preguntó mi opinión y yo se la di, señorita Atkinson.

—Te demostraré que te equivocas.

—¿Cómo lo va a demostrar?

—Iré a hablar con William Donat.

—No debe hacer eso, señorita.

—¿Por qué no?

—Sería peligroso.

—Ésa no es una razón para que me esté quieta en mi rancho. Quiero salir de dudas cuanto antes.

—Suponga que el señor Donat le dice que no ha tenido nada que ver con la masacre.

—Le creeré.

—Creo que va a cometer un error.

Selena se dirigió a Joe:

—Tú vendrás conmigo.

—Sí, señorita. Pero yo también pienso como el capataz.

—No te preocupes, Joe. Soy la dueña del rancho y, desde ahora, soy yo quien da las órdenes.

El capataz Jerry Carson dio un paso hacia la joven.

—¿Quiere decir que me despide?

—No, Jerry, no he querido decir eso. Tú seguirás llevando la dirección del rancho, porque, naturalmente, entiendes más que yo en lo relativo a las reses. Pero ahora se trata de un problema completamente distinto… Quiero hablar con William Donat para saber a qué atenerme, antes de que adoptemos cualquier medida.

—Como usted quiera, señorita Atkinson —asintió el capataz.

* * *

William Donat agarró la cabellera roja de Terry.

—Nena, te voy a regalar ese collar.

—¿Cuándo, William?

—Muy pronto. Te dije que algún día sería el dueño de esta comarca, pero nunca pensé que sería tan pronto.

La pelirroja besó en la boca a Donat.

—¿Serán perlas auténticas?

—Desde luego, nena. Perlas genuinas salidas de ostras de los mares del Sur.

—Oh, William, eres un encanto —dijo ella, y lo volvió a besar.

Hugh Moore estaba sentado en un sillón.

—Creo que muy pronto seguiré mi viaje a México —rezongó.

Donat se volvió hacia él.

—¿Por qué tanta prisa, Hugh…?

—Este asunto empezó y terminó. Ya tiene el camino libre para conseguir lo que quería.

—Admito que es cierto. Si hubiese vivido Clive Atkinson las dificultades serían mayores, pero con esa muñeca en el rancho Atkinson, las cosas serán mucho más fáciles.

En aquel momento llamaron a la puerta. Entró un *cowboy*.

—Señor Donat, tiene visita.

—¿Quién es?

—Selena Atkinson.

Donat se echó a reír.

—Vaya, dimos el primer golpe y ya tenemos aquí a la encantadora Selena.

—¿La va a recibir, señor Donat? —preguntó el *cowboy*.

—Sí, Robert. Pero concédeme un par de minutos.

—De acuerdo, señor Donat.

El *cowboy* salió de la habitación y entonces Donat dijo:

—¿Me queréis dejar solo unos instantes, muchachos? Pasad a la habitación de al lado.

Terry se puso en pie y tiró de su falda.

—Cuidado con la muñeca, como tú la llamas, William.

—¿Por qué, Terry?

—Podría conquistarte.

—No digas tonterías.

—Dijiste que sólo te casarías con una dama de la alta sociedad, y ella es una rica ranchera.

—No lo será cuando haya acabado mi trabajo.

—Está bien, querido.

Terry se retiró a la habitación de al lado, seguida de Hugh Moore. Se abrió la puerta y entró en el salón Selena Atkinson.

—¿Cómo está, Selena? —preguntó William.

—Muy mal.

—¿A qué se debe eso?

—Los hombres que custodiaban mi punta de reses en el lago

Georgia fueron atacados por una banda de forajidos.

—¿Es posible…?

—Sólo hubo dos supervivientes.

—Pero eso es asombroso.

—Mi capataz Jerry Carson piensa que usted pagó a esa gentuza. William Donat se echó a reír.

—Selena, usted no puede creer eso…

—Ya le he dicho que es cosa de mi capataz. Yo he querido venir aquí para saber a qué atenerme.

—Yo no contraté a nadie para causarle el menor daño, Selena… Puede estar tranquila a ese respecto.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Se me ocurre una cosa, señor Donat. Unamos mis hombres y los suyos para luchar contra esos forajidos.

—No puedo hacer eso, Selena.

—¿Por qué no?

—Tengo a mis muchachos ocupados en las faenas del rancho.

—Eso es muy extraño por su parte. Si esos forajidos atacaron a mis hombres, podían hacer lo mismo con los suyos.

—Quizá yo tenga más suerte que usted.

La joven titubeó unos instantes.

—Sí, es posible. Gracias por todo, señor Donat.

Selena dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento, señorita Atkinson.

La joven se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué quiere, señor Donat?

—Quizá le interese oír una oferta.

—¿Acerca de qué?

—De su rancho.

La joven frunció las cejas.

—¿Una oferta por mi rancho…?

—Sí, Selena. Quiero comprárselo.

La joven terminó de volverse.

—Le escucho, señor Donat.

—Estoy dispuesto a pagarle quince mil dólares por el rancho Atkinson.

—No está mal. Es una buena oferta.

—No encontrará en esta comarca a nadie que le ofrezca más… Naturalmente, no podría darle los quince mil a contado.

—¿Y de qué forma pagaría esos quince mil dólares?

—Cinco mil dólares en el momento de cerrar el trato y el resto en un plazo de seis meses. Naturalmente, le ofreceré toda clase de garantías.

—Le voy a dar mi respuesta ahora.

—Si quiere, puede pensarlo.

—No, señor Donat. Ya está pensado.

—Está bien, diga.

—No le venderé mi rancho, señor Donat.

—Hace muy mal, Selena.

—¿Por qué?

—Esos forajidos podrían causarle a usted más daño.

—Ya lo imaginaba. Y celebro que se haya quitado usted la máscara. Ahora no tengo ninguna duda de que es usted quien les pagó…

—No se excite, Selena.

—No quise creer a mi tío Clive, pero en eso no se equivocó.

—¿En qué?

—En apreciar su hipocresía. Se hizo pasar ante mí como una víctima, cuando estaba preparando su propio plan… Usted ha alquilado a esos pistoleros.

—Muy bien, Selena. Voy a admitirlo.

—¿Sabe que esos hombres han cometido un asesinato en masa?

—No diga eso, Selena —sonrió William—. Los hombres que murieron también eran pistoleros. Fueron contratado por su tío Clive antes de que usted llegase de Nueva Orleans, sólo seguí el ejemplo que me dijo Clive.

—Suponiendo que mi tío hubiese obrado con deslealtad acerca de usted, las cosas cambiaron cuando yo me hice cargo del rancho. Le di mi palabra de que sus reses podrían abrevar en el lago Georgia.

—Eso no me bastaba.

—Ya veo que no.

—Ese lago no le pertenece a usted, señorita Atkinson. Sé que su tío falsificó los documentos que presentó ante el juez Keyes… Sólo pretendía que el juez hiciese una declaración de un falso derecho de

propiedad, y, para ello, su tío Clive no dudó en sobornar hasta el propio juez.

—Ya le he dicho que me siento responsable de lo que hiciese mi tío Clive, y que si él obró injustamente, estoy dispuesta a rectificar cualquier irregularidad.

—Ya es demasiado tarde.

—Señor Donat, ¿piensa que puede ser demasiado tarde para que se hagan las cosas conforme a la justicia, para que la ley sea respetada…?

Donat sonrió.

—¿Por qué siempre que uno está vencido clama a la ley…? Hace dos semanas era yo el que le recordaba eso a Clive Atkinson. ¿Y sabe cuál fue su respuesta, Selena…? Reírse en mis propias narices, lo mismo que yo me río ante usted.

—Ya le he dicho que Clive Atkinson está muerto.

—Sí, y lo siento. Me habría gustado ahora ver su cara y preguntarle si tenía ganas de reír.

—Al parecer, va a seguir adelante con su plan. Me quiere destruir, ¿verdad, señor Donat?

—Venda el rancho y se habrán terminado sus quebraderos de cabeza.

—No lo venderé nunca.

—¿Y qué va a hacer, Selena?

—Pediré ayuda a las autoridades.

—No sea ingenua. Estamos alejados unas cuantas millas de la ciudad y las autoridades no pueden hacer nada en este caso… Y no trate tampoco de conseguir ayuda de su amigo.

—¿A quién se refiere…?

—A Ralph Douglas, a ese condenado tahúr.

—El señor Douglas continuó viaje a Veracruz.

—No, señorita Atkinson. El señor Douglas no puede ayudarla por otra razón…

—¿Quiere decir que no continuó en el barco hacia México?

—Sufrió un accidente en Corpus Christi.

La joven se estremeció.

—¿Qué sabe de eso, señor Donat…?

William se volvió hacia una mesa donde había un frutero. Tomó una manzana, la limpió con la manga y la mordió.

Selena estaba inmóvil.

—¡Hable, señor Donat!

El ranchero enarcó las cejas.

—Parece que siente mucho interés por conocer la suerte de Ralph Douglas.

—¿Qué le pasó…?

—Sostuvo un duelo con dos hombres en un reservado, donde se encontraba en compañía de una mujer, una de esas girls.

Selena tragó saliva.

—¿Cuál fue el resultado del duelo?

—Ralph Douglas murió.

—¡No…! ¡Está mintiendo! ¡Dígame que miente!

—Lo siento, Selena pero es la pura verdad.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Es absurdo.

—¿Por qué es absurdo…? Su amigo llevaba una vida irregular. Era un pendenciero. Tenía que acabar mal un día u otro. Ya veo que está muy condolida. Fue más que un amigo para usted, ¿verdad. Selena?

La joven dio media vuelta y echó a correr saliendo de la estancia. Joe Smith la esperaba fuera de la casa, montado en la silla. Selena saltó a su caballo.

—Menos mal que salió, señorita —dijo el *cowboy*—. Ya me estaba poniendo nervioso.

—Vámonos, Joe. Selena sentía unos grandes deseos de llorar. ¿Por qué de pronto el mundo se hundía bajo sus pies…?

Cuando llegaron al rancho. Frankie les anunció que el capataz había elegido unos cuantos hombres para reunir las reses en Valle Seco. Selena no dijo nada, se fue a su habitación y se dejó caer de bruces en la cama, sollozando amargamente.

Cuando se separó de Ralph en Corpus Christi, pensó que podría olvidar. Se lo había propuesto firmemente, pero ahora ya podía responder a su pregunta. La huella que Ralph había dejado en ella era profunda, muy profunda. ¿Qué hacía ahora…? ¿Por qué iba a luchar cuando todo lo tenía en contra…? ¿No era preferible vender a William Donat el rancho y volver a Nueva Orleans?

Oyó que la puerta se abría y una voz dijo:

—Hola, Selena…

Volvió la cabeza bruscamente, todavía la cara bañada en lágrimas. Abrió la boca, pero no pudo decir nada. El hombre que acababa de entrar en su dormitorio era Ralph Douglas.

CAPÍTULO XI

—Ralph… ¿Eres tú…?

—En carne y hueso.

La joven se levantó todavía asombrada.

—Pero si deberías estar muerto…

Ralph frunció el ceño.

—¿Qué sabes tú de eso…?

—Acabo de llegar del rancho de Donat. Él me dijo que habías sostenido un duelo en Corpus Christi.

—Sí, no podía ser otro.

—¿A qué te refieres…?

—Es verdad lo del duelo. Pero los dos hombres que trataron de matarme habían sido pagados por alguien.

—¿Crees que fue Donat…?

—No tengo ninguna duda de ello.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—Jugamos a los naipes y me llamó tramposo. Le tuve que dar un golpe en la boca. Eso no me lo perdonó. Donat es un bicho rastrero.

—Sí, Ralph. Ahora he comprendido que lo es.

—¿Qué pasó entre tú y él?

Selena hizo un relato de lo ocurrido en el lago Georgia y su posterior visita a William Donat. Cuando hubo terminado, Ralph quedó pensativo unos instantes.

—No te preocupes, Selena, ahora estoy a tu lado. Las cosas se arreglarán.

—¿Por qué viniste, Ralph…?

Él se acercó a la joven y la tomó por los brazos.

—Iba a cometer una tontería… Pero tuve oportunidad de

reflexionar. La besó en la boca con fuerza. Cuando apartó la cara ella, dijo:

—Ralph, no quiero que hagas nada.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho. Donat contrató a muchos pistoleros…

—Tú tienes hombres a tu servicio.

—Pero son *cowboys*, no pistoleros profesionales.

—No vamos a plantear la lucha como William Donat quiere. De momento, dejaremos que ellos estén en el lago.

—Tengo una idea mejor, Ralph.

—¿De qué se trata?

—Iremos a Corpus Christi y hablaremos con el *sheriff*.

—El propio Donat te advirtió que eso no serviría de nada.

—Debemos intentarlo, Ralph. El *sheriff* es la ley.

Ralph titubeó unos instantes y al fin cabeceó.

—Está bien, Selena. Probaremos.

* * *

El *sheriff* de Corpus Christi, Evan Travers, tenía enfrente de su mesa un borracho, que su ayudante, George Main, había atrapado en la calle. El borracho era un hombre de unos cincuenta años.

—*Sheriff*, usted no puede detenerme.

—¿Por qué no, Harry?

—No armé ningún escándalo.

—Pero lo ibas a armar.

—Eso no es cierto.

—George te sorprendió cuando estabas en lo alto de un barril. Te hizo bajar antes de que empezases a soltar tu discurso. Y yo sé qué clase de discurso es, porque te lo he oído lo menos cincuenta veces. Quieres fundar una asociación de maridos maltratados por sus esposas, y también sé cuál es el primer punto de tu programa: «Impóngase en su hogar por la violencia».

—Usted no tiene pruebas de que yo fuera a decir eso, *sheriff*.

—Entonces, ¿no ibas a hablar en favor de los maridos maltratados?

—Sí, claro. Pero iba a proponer otra cosa esta vez.

—¿El qué, Harry…?

—Hay que conseguir que se autorice tener dos esposas…

—¿Dos esposas? ¿Para qué?

—Lo lógico es que las dos esposas se pasen riñendo entre ellas todo el día. De ese modo, el marido gozaría de paz, aunque naturalmente tuviera que escapar de su casa.

El *sheriff* pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Dos días de cárcel por armar escándalo público!

—Eh, *sheriff*, no tiene derecho…

—Acabas de confesar tus intenciones, y también constituye escándalo público. El *sheriff* hizo una señal a su ayudante, y éste cogió a Harry por el cuello de la chaqueta y lo encaminó hacia el corredor donde estaban las celdas.

Harry no dejaba de protestar.

—¡Eso es un atropello…! ¡Quiero un abogado…! ¡La Constitución respeta mi derecho para expresar mi pensamiento…! Están cometiendo un atentado contra la libertad de palabra…

El *sheriff* sonrió, mientras liaba un cigarrillo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró en la oficina Selena Atkinson seguida por Ralph Douglas. Travers frunció el ceño.

—¿Eh, qué hace aquí, Douglas…? Su barco ya está camino de Veracruz.

—Lo perdí, *sheriff*.

—No me diga que no fue intención suya perderlo.

—Si escucha a la señorita Atkinson, tendrá respuesta a su pregunta.

—Usted dirá, señorita Atkinson.

Selena contó al *sheriff* lo que había ocurrido en el lago Georgia y la pretensión de William Donat con respecto al aprovechamiento de aguas.

El *sheriff* paseó por la estancia, rascándose el cogote.

—Lo que me cuenta es muy lamentable, señorita Atkinson.

—¿Va usted a intervenir?

—Me temo que no puedo.

—¿Por qué no?

—Un *sheriff* nunca puede mediar en una disputa entre rancheros, cuando se discute un aprovechamiento de aguas o pastos.

—¿Cómo puede hablar así, *sheriff*…? Ya le he dicho que muchos de mis hombres han sido muertos.

—Pistoleros… Esos hombres fueron contratados por su tío Clive

para oponerse a que William Donat llevase sus reses al lago Georgia. Ahora William Donat se cree con más derecho que los Atkinson para el aprovechamiento de ese lago… Lo único que existe es una discusión por unos derechos y, por tanto, es el juez quien debe intervenir.

Ralph habló con voz ronca:

—No ha contestado concretamente a la pregunta de la señorita Atkinson. Murieron varias personas.

—Eso no ocurrió en la ciudad.

—¿Acaso el territorio del lago Georgia no pertenece a su jurisdicción?

—Sí, Douglas, pertenece. Pero insisto en que los que murieron eran forajidos. El error partió de Clive Atkinson. Fue él quien empezó a contratarlos. Yo hablé con Clive antes de que se marchase a Nueva Orleans. Quise que licenciase a sus pistoleros, y me contestó que no lo haría. Es razonable que William Donat contratase también otros pistoleros para defenderse.

—¿Es su forma de pensar?

—Si los hombres de Donat ocuparon el lago Georgia, expongan el caso ante el juez. Sólo una sentencia me servirá para actuar. Yo defenderé los derechos de aquel que tenga razón. No puedo intervenir entre forajidos contratados por rancheros, cuando todavía no existe una declaración judicial que señale quién está obrando con justicia.

—Gracias, *sheriff*.

Ralph tomó a la joven por el brazo.

—Vámonos, Selena. No tenemos nada que hacer aquí.

—Espere un momento, Douglas —exclamó el representante de la ley.

—Diga, *sheriff*.

—¿Qué va a hacer usted?

—Disculpe, pero no se lo voy a decir.

Evan Travers sonrió.

—Si lo que pretende es contratar pistoleros, no va a conseguir nada.

—¿Por qué no?

—En el pueblo se ha corrido la voz de que Hugh Moore trabaja para Donat. Hugh contrató aquí a la gente que se llevó. Ya puede

estar seguro de que nadie querrá pelear contra él. Todo el mundo sabe quién es Hugh Moore.

—Le doy nuevamente las gracias por su noticia, *sheriff*.

—Otra cosa, Douglas. Haría mejor en tomar el próximo barco para Veracruz. Sale uno esta tarde a las siete. No es tan cómodo como el Nebraska, pero le servirá.

—Lo pensaré, *sheriff*.

Los dos jóvenes salieron de la oficina y, una vez en la calle, Selena dijo:

—Tú tenías razón y también la tenía Donat No nos servirá para nada el *sheriff*.

—Ahora lo voy a arreglar a mi manera.

—¿Qué vas a hacer?

Ralph señaló el restaurante que se encontraba frente a la comisaría.

—Espérame ahí, Selena.

—Ten cuidado, Ralph.

—No te preocupes. Lo tendré.

Poco después, Ralph entraba en el saloon La Estrella de Texas. Había una veintena de hombres, entre las mesas y el mostrador. Se veía a las claras que la mayoría de ellos estaban allí porque no tenían otra cosa en qué ocuparse.

—Amigos —gritó Ralph desde el umbral—. Quiero que me escuchen un momento.

Se hizo un relativo silencio y los clientes fueron volviendo la cabeza con curiosidad.

—Necesito doce hombres… —anunció Ralph—. Ganarán diez dólares diarios.

Media docena de tipos se levantaron. Pero uno de los que estaban sentados, dijo:

—Eh, compañero, ¿para quién hay que trabajar…?

—Para el rancho Atkinson.

Se produjo un momento de tensión. Algunos de los tipos que se habían levantado, volvieron a sentarse. El mismo individuo que había hablado con Ralph, torció la boca.

—Compañero —siguió—. ¿Se trata de trabajo de *cowboy* o de gun-man?

—Quiero gente que sepa usar el revólver. Los hombres que

todavía estaban de pie, se sentaron, y muchos de ellos reanudaron sus conversaciones.

—¿Qué les pasa? —dijo Ralph—. ¿Es que tienen miedo…?

—Usted necesita a doce suicidas —repuso el tipo que había pedido la aclaración.

—¿Por qué dice eso?

—Quiere enfrentarse a Hugh Moore.

—Es posible.

—No tiene nada que hacer, hermano. Aquí nadie quiere enfrentarse con Hugh Moore.

—No se preocupe, seguiré buscando.

—No encontrará a nadie. Se lo aseguro.

Sonó un chasquido en la parte de arriba de la escalera, donde estaban los reservados. Una puerta se había abierto, dando paso a un obús humano. El tipo chocó contra la barandilla y estuvo a punto de caer abajo, pero la barandilla era de buena calidad y resistió el choque.

—Te voy a destrozar, rubio —dijo el fulano.

Echó a correr hacia la habitación de donde había salido. En el salón reinaba ya el silencio, porque todo el mundo estaba pendiente de lo que sucedía arriba. Se oyó ahora un tremendo golpe, y el mismo tipo de antes salió convertido en una mancha borrosa.

Chocó otra vez contra la barandilla, dio una vuelta de campana y cayó, por fortuna para él, sobre una mesa que convirtió en astillas. Las fichas, los naipes y dos jugadores salieron escupidos.

Todos querían ver al hombre que golpeaba de aquella forma. Era un rubio, y tenía sus manos muy ocupadas, porque estrechaba a una mujer con cada brazo, una pelirroja y una morena.

El rubio tenía una sonrisa en los labios. Asomó la cabeza por la barandilla y miró hacia el tipo que había quedado inconsciente en el suelo.

—Eh, Robert, así aprenderás a respetar las decisiones de los dados. A mí me tocaron las dos. Dio un beso en la nariz a la morena y otro a la pelirroja.

Los ocupantes del saloon comprendieron de qué se trataba y se oyeron fuertes risotadas. El rubio dio media vuelta con sus dos mujeres y volvió a meterse en el reservado.

Ralph echó a andar y subió por la escalera. Abrió la puerta y se

coló en la habitación donde estaba el hombre con las dos mujeres.

El rubio habló sin mirar a Ralph.

—Eh, Robert, si no quieres que te convierta en pasta para amasar, lárgate…

—Estás muy bien acompañado, Jimmy —dijo Ralph.

El llamado Jimmy levantó los ojos e hizo un gesto de sorpresa. Se echó a reír.

—¡Ralph Douglas…!

—¿Qué tal, Jimmy…?

—Eh, nenas, mirad quién hay ahí… Es Ralph Douglas, el mejor amigo que tuve en mi vida… Dejadme que le salude.

El rubio se levantó y, sonriendo, se dirigió hacia Ralph con la mano extendida. Pero antes de llegar soltó la izquierda con todas sus fuerzas.

Ralph se agachó y el rubio estrelló el puño contra la puerta.

—Jimmy, no deberías hacer esas cosas —dijo, mientras el rubio aullaba de dolor—. Recuerda que yo siempre he sido para ti como un hermano.

Ralph puso en marcha su derecha, que conectó en el pómulo de Jimmy. El rubio fue por la habitación dando vueltas y cayó entre las dos mujeres, pero lo hizo con tanta fuerza que partió el sofá en dos.

Ralph sacudió la mano con que había golpeado.

—Eh, Jimmy, tienes la cara más dura que la última vez que nos vimos.

El rubio, la morena y la pelirroja se habían hecho un lío de brazos y piernas. Jimmy, al fin pudo emerger de aquel mar femenino.

Atrapó una silla y se abalanzó sobre Ralph con idea de estrellársela en la cabeza.

Douglas saltó muy aprisa y la silla se hizo astillas contra el suelo.

Luego, Ralph empleó la zurda, y lo hizo de un modo muy convincente. Estrelló el puño entre los dos ojos del rubio, el cual cayó sobre las dos mujeres, lanzándolas otra vez al suelo.

La habitación se llenó de chillidos femeninos, pero el rubio no participó en aquel alboroto, porque había quedado sin sentido.

—Nenas, ya os podéis marchar —dijo Ralph.

Las dos mujeres se apresuraron a salir de aquel reservado que,

por unos momentos, se había convertido en un infierno.

Ralph tomó uno de los vasos de *whisky* que había sobre la mesa y bebió un largo trago.

Contempló a Jimmy y, con la punta de la bota, le pegó a los riñones. Jimmy soltó un chillido.

—Levántate, rubio, y déjate de trucos.

Jimmy quedó sentado en el suelo, y dijo:

—Maldita sea, me has estropeado la cara. Justamente ahora que tenía que estar guapo para esas dos fulanas.

—Debería estropeártela más.

—¿Por qué dices eso, Ralph?

—Me robaste doscientos dólares cuando el barco hizo escala en Memphis.

—Pero eso ocurrió hace un millón de años.

—Seis meses y quince días.

El rubio levantó los ojos al techo.

—Cielos, ¿por qué mi mejor amigo es un usurero…?

—Me dejaste sin blanca, Jimmy.

—Hiciste una obra de caridad.

—No me digas.

—Yo no quería los doscientos dólares para mí, sino para aquella chica, Dolly… La pobre muchacha estaba en el mundo por la cara… Un fulano la engañó, sacándola de su casa… Eran doce hermanos… El tipo dijo que se iba a casar con ella, pero lo que hizo fue aprovecharse de la pobre Dolly, y luego la dejó abandonada…

—He oído más de veinte veces esa historia… Sólo cambia el nombre de la chica, Mary, Liz o Marlene… Es el truco que las muchachas del río se buscan para sacar dinero a los palurdos como tú…

—Ralph, ¿por qué no hemos de creer al prójimo…? ¿Sabes lo hermoso que es hacer un favor aun sabiendo que nos están engañando? —La cara de Jimmy se inundó de una expresión beatífica—. ¡El prójimo…! Qué hermosa palabra.

—Esta vez el prójimo voy a ser yo.

—No tengo un solo centavo, te lo juro, Ralph… Ni un solo centavo.

—Te está asomando un billete de cinco dólares por el bolsillo de arriba.

Jimmy miró el lugar al que Ralph se refería y se dio mucha prisa en esconder el billete.

—Sólo tengo este maldito billete, Ralph. Puedes creerme… Tengo que pagar el hotel y comer… No sé qué va a ser de mí. Estoy en la más completa indigencia… Menos mal que te encontré y me podrás echar una mano.

—Te voy a echar las dos.

—Ralph, eres mi padre…

—Sólo tu hermano de pega, recuérdalo…

Jimmy se levantó a duras penas, porque todavía sentía los efectos de los puñetazos.

—Quedas contratado, Jimmy —dijo Ralph—. Ganarás diez dólares diarios.

El rubio levantó la cara y se quedó perplejo.

—¿Contratado para qué…?

—Trabajarás para el rancho Atkinson.

—¡No, Ralph…! ¡Tú no puedes hacer eso conmigo…! ¡No lo consentiré! ¡Juré no volver a un rancho en todos los días que me quedan de vida…!

—Va a ser un trabajo de gatillo.

El semblante de Jimmy se dulcificó un poco.

—Caramba, Ralph. Me asustaste… Creí que de veras iba a trabajar.

—Sólo tenemos que enfrentarnos con una pandilla de forajidos.

—¿Pandilla…? ¿Cuántos?

—Doce.

—¿De cuántos hombres dispones tú, Ralph?

—Te lo diré más tarde.

—¡Ha de ser ahora…!

—Está bien. Tú y yo.

—¿Eh…?

—Espero que las cosas mejoren… Quizá consigamos algún otro.

Jimmy agrandó los ojos.

—Ralph, ¿has dicho Atkinson…?

—Sí.

—¡Olvídate de mí! —contestó Jimmy, pegando un manotazo en el aire.

—¿Qué te pasa, Jimmy…?

—He oído hablar que Hugh Moore se contrató con un tal Donat para ajustarle las cuentas a los Atkinson.

—Es cierto.

—De modo que tú estás enfrentado a Hugh Moore.

—Sí. Jimmy se dirigió hacia la puerta…

—Perdona, Ralph. Ya nos veremos en otra ocasión… Si quieres algo de mí, escríbeme a San Francisco…

Ralph atrapó a su amigo por el brazo, cuando pasaba por su lado, y tiró de él, haciéndole volver bruscamente.

—Te olvidas de algo, Jimmy.

—¿Qué cosa…?

—Págame los doscientos dólares.

Jimmy Cárter se mojó los labios con la lengua y sonrió.

—Ralph, te los pagaré…

—Ahora.

—Pero ya te he dicho que no tengo dinero… Sólo me queda el billete de cinco dólares que asomaba por el bolsillo. Te lo prometo… Y tú sabes que no engaño a un amigo.

—No hay arreglo, Jimmy… O me pagas, o trabajas para Atkinson.

—¿Qué pasará si no te pago y tampoco trabajo para Atkinson?

Ralph cerró y abrió el puño izquierdo, pero no dijo nada.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Sí, lo comprendo… Tendré que pelear contigo.

—Es la vida, Jimmy.

—Estoy en inferioridad de condiciones, Ralph. Y a ti nunca te ha gustado abusar… Me has dejado un poco aturdido con los golpes que me diste…

—Qué suerte tengo. Resulta que ahora será como golpear un saco de patatas…

—Ralph, ¿es que no tienes un sentimiento caritativo para un viejo amigo?

—Claro que sí, Jimmy, y por eso te ofrezco la oportunidad de saldar nuestra vieja cuenta… Sólo tienes que hacer algo por tu prójimo… Qué hermosa palabra, ¿verdad?

Cárter dio un suspiro.

—Está bien, Ralph. Tú ganas.

—Gracias, Jimmy. Eres muy comprensivo.

—Pero te voy a pedir un favor y quiero que me lo hagas, aunque te cueste mucho trabajo…

—Tú dirás.

—No me vuelvas a nombrar la palabra prójimo… ¡Por lo que más quieras, no la vuelvas a nombrar…!

CAPÍTULO XII

—¿De qué tamaño serán las perlas, William? —preguntó Terry.

—Te compraré las más grandes.

—Dicen que en Tampico hay buenas joyerías.

—Sí, nena. Iremos a Tampico este fin de semana. Para entonces seré el dueño del rancho Atkinson, ¿verdad, Hugh?

—Seguro, señor Donat.

En aquel momento entró un *cowboy* en la estancia. Se detuvo, jadeando.

—Señor Donat… Le traigo noticias del pueblo… La señorita Atkinson estuvo allí.

—¿A qué fue al pueblo la señorita Atkinson?

—A hablar con el *sheriff*.

William se echó a reír.

—¿Habéis oído eso…? La señorita Atkinson pide la protección de la ley.

Hugh rió de buen humor.

—Supongo que el *sheriff* se estará quieto.

—No debes tener ninguna duda, Hugh —respondió Donat.

El *cowboy* estaba dando vueltas al sombrero.

—Un hombre quiso contratar pistoleros para la señorita Atkinson.

William Donat y Hugh Moore fueron quedando serios.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Donat.

—Ralph Douglas.

El ranchero se puso en pie de un salto.

—¡Glen, te voy a romper la cara…! ¡No admito bromas de esa clase…!

—No le comprendo, señor Donat.

—¿Quién te ha hablado de Ralph Douglas…?

—Oí que el tipo se llamaba así.

—¿Cómo es?

—De unos veintiocho años, moreno, alto, ojos azules… Parece que tiene un gran dominio de sí mismo. Entró en el saloon La Estrella de Texas y dijo que necesitaba doce hombres que supiesen manejar el revólver.

Donat apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Aquel par de bastardos habían fallado el encargo. No mataron a Ralph Douglas.

—¡Está vivo! ¿Oíste eso, Hugh?

—Lo que me importa más es saber si Ralph Douglas logró contratar a los hombres que buscaba.

El *cowboy* llamado Glen sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, señor Hugh. Cuando lo propuso, algunos se decidieron a aceptar, pero cuando se enteraron que trabajarían para Atkinson, se volvieron atrás.

William Donat lanzó una risotada.

—La gente sabe cuidarse.

El *cowboy* aclaró, sonriendo:

—Todos le tienen miedo a usted, señor Moore… Fue su nombre el que hizo que los tipos no quisieran aceptar el trabajo que Ralph Douglas les ofrecía… Bueno, sólo hubo una excepción.

—¿Una excepción? —repitió Donat.

—Se enroló un rubio, un pendenciero que ya ha armado dos o tres jaleos desde que llego a la ciudad.

—¿Un gun-man famoso?

—No lo sé, señor Donat. A mí el nombre no me dice nada. Se llama Jimmy Cárter.

Donat volvió la cabeza hacia Hugh.

—¿Conoces a ese Jimmy Cárter, Hugh…?

—Sí.

—¿Es bueno con el revólver?

—No tan bueno como Douglas o yo, pero es un condenado tramposo…

—Son sólo dos hombres. No podrán hacer nada… Los barreremos, Hugh.

—Sí, señor Donat. Es lo que vamos a hacer con ellos. Los barreremos…

* * *

Ralph y Jimmy alzaron poco a poco la cabeza, mirando por encima de la roca tras la que se escondían. A unas cincuenta yardas estaba el lago Georgia, donde las reses de William Donat abrevaban.

—Son cinco —dijo Jimmy.

—Hay que saber dónde están los otros.

—No los veo.

De pronto, uno de los cinco hombres que jugaban a los dados, se dirigió a su montura.

—Me voy a la ciudad a reunirme con los otros muchachos —dijo —. Prefiero una mujer a esos condenados dados. Me ganasteis cuatro dólares, y una rubia me puede salir por tres…

El perdedor saltó a la silla y se hizo humo en dirección al pueblo.

—Bueno —dijo Jimmy—. Sólo quedan cuatro, y ya sabemos que los otros están en Corpus Christi. Eso quiere decir que confiaron en que los hombres de Atkinson no volverían por aquí.

—Sí, Jimmy, eso es. ¿Qué te parece si les damos un susto?

—Es justo lo que yo estaba pensando.

Los dos amigos salieron de la roca y se encaminaron hacia la encina. Uno de los que jugaban a los dados los descubrió y avisó a los otros. En seguida interrumpieron el juego. Algunos llevaron la mano hacia el revólver, pero, al ver que los dos desconocidos no exhibían armas, se quedaron quietos.

Ralph se tocó el ala del sombrero.

—Buenos días, amigos.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó un tipo rechoncho, que respondía al nombre de Andy Tamara.

Ralph se apretó el puente de la nariz, mientras respondía:

—Nuestro patrón nos dijo que viniésemos al lago y que debíamos ocuparnos de que nadie bebiese.

—¿Cómo dice? —preguntó el rechoncho, algo perplejo.

—Se lo explicaré, amigo. Trabajamos para la señorita Atkinson, y a ella no le gustan que las reses de otra marca beban estas aguas.

Andy Tamara no era el único asombrado. También lo estaban

sus tres compañeros. Uno de ellos se echó a reír.

—Eh, Andy, estos dos muchachos llegaron aquí en una nube…

Ralph había tomado las medidas de los cuatro fulanos, Eran forajidos de la frontera, de indumentaria manchada de sudor y barba crecida. La mayoría de ellos llevaban marcas de cuchillo, resultado de sus frecuentes peleas por la posesión de una mujer. Pero también aquellos tipos sabían manejar el revólver, porque eran rápidos y certeros.

Andy Tamara chascó la lengua.

—Les voy a dar mi respuesta, hermanitas de la caridad.

Aquellas palabras fueron acogidas con risotadas. Andy apuntó a la cara de Ralph con el dedo, y dijo:

—Vamos a hacer algo por ustedes, ya que son de los Atkinson.

—Muchas gracias —dijo Ralph.

—Sólo deben beber las reses de los Atkinson en este lago, ¿verdad…?

—Eso es, sí señor…

—Pues ya se están poniendo en marcha hacia la orilla.

—¿Para qué?

—¿Es que no se dan cuenta…? Las reses de los Atkinson deben beber.

Los compañeros de Andy Tamara rieron estruendosamente. Aquello iba a ser algo digno de ver.

Ralph volvió la cabeza hacia su amigo.

—¿Tú entendiste al hombre, Jimmy?

Cárter se echó el sombrero sobre la cara y contestó:

—Sí, Ralph… El hombre quiere que nosotros nos pongamos a cuatro patas y que vayamos hasta la orilla, moviendo un poco el rabo… Cuando lleguemos allí, hemos de meter la cabezota y beber a lengüetazos.

—¡Eh, miren al tipo listo! —rió Andy Tamara—. Ya comprendió el ejercicio que han de hacer.

—Jimmy —dijo Ralph—. ¿Qué se te ocurre?

—¿A mí, Ralph…? Creo que está todo claro. No hay más remedio que ponerse a cuatro patas.

Así diciendo, Jimmy Cárter se echó en el suelo a cuatro manos, y se puso a corretear.

—Soy la vaca Molly… Soy la vaca Molly… —gritó—. Mírenme,

muchachos, y sabrán lo que es un ejemplar de concurso.

Andy Tamara y sus tres compañeros se partían de risa.

De pronto, en el cuerpo de Jimmy Cárter se produjo un fogonazo.

—Demonios, ¿qué me ha pasado…? Se me pegó fuego al rabo.

Pero la bala que había enviado Jimmy se metió por la boca de uno de los forajidos. Andy Tamara y los otros dos compinches se quedaron de piedra al ver que su amigo se derrumbaba en el suelo.

—¡Maldita sea! —gritó Andy—. Es una trampa.

Tiraron del revólver al mismo tiempo, como piezas de una sola maquinaria. Pero allí estaba Ralph. Sacó y se puso a enviar plomo.

Jimmy Cárter agachado en cuclillas ahora, tampoco se quedó atrás en el reparto de boletos para el infierno.

Andy Tamara y sus dos compañeros rodaron por la hierba, carcomida por aquella polilla.

Jimmy se levantó dando un suspiro.

—Ralph, ¿cuándo aprenderá la gente a ser correcta y educada…? ¿Por qué siempre quieren tratarnos como si fuésemos reses…?

Ralph sopló el humeante revólver y lo enfundó.

—Lástima que la lección no les sirva, Jimmy.

* * *

—¿Cuatro muertos en el lago Georgia? —gritó William.

—Sí, señor Donat —contestó el *cowboy*—. Eran Andy Tamara, Leo Buenett, Jack Barton y Bruno Giles. Cada uno de ellos tenía tres balas en el cuerpo, a excepción de Bruno, que sólo tenía una en la cabeza.

—¿Dónde estaban los otros hombres…?

—Se fueron al pueblo.

—¿Con qué permiso…?

—Creían que no había nada que hacer.

William se volvió hacia Hugh, que estaba muy serio.

—¿Qué dices, Hugh…? ¿Ésa es la clase de tipos que te buscaste? En cuanto das media vuelta, ellos hacen lo que les da la gana.

—Cálmese, señor Donat. Lo más importante no es que hayan muerto esos cuatro hombres.

—Entiendo, la pregunta es quién lo hizo.

—Tampoco es problema —repuso Hugh Moore—. Para mí no hay ninguna duda de que el trabajo lleva la firma de Ralph Douglas.

Donat apretó los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Así que Ralph Douglas y ese rubio amigo suyo han empezado a hacer de las suyas… ¿Cómo ha podido ocurrir…? ¿Por qué cuatro hombres no pudieron acabar con dos…?

—Seguramente porque el rubio, Jimmy Cárter, armó una de sus trampas. Ya se lo advertí. Donat, es uno de esos tipos que siempre tienen un as en la manga.

—¿Un as en la manga…? —gritó William Donat—. El jugador es Ralph Douglas.

—Si pero Ralph es un jugador honrado y el tramposo es el otro.

—¡Maldita sea, Hugh! Me estás dando dolor de cabeza con tus tonterías. Sólo hubo una persona que se reservó un as en la manga… ¡Y ése soy yo…! Hice el papel de víctima ante Selena Atkinson y, en el momento oportuno, demostré que yo era el más fuerte… ¡Fue entonces cuando jugué mi as…! Nadie tiene el naipe del triunfo en este juego… También te lo advertí, Hugh. Todas las bazas me corresponden a mí… ¡No consentiré que nadie me quite una sola…!

—No tiene por qué excitarse tanto —dijo Hugh.

—No, ¿eh…? ¿Crees que no tengo motivos…?

Hugh se levantó y dejó colgar los brazos.

—Acabaré con Ralph Douglas y con su amigo rubio.

—¡No quiero que eso ocurra la semana que viene! ¡Ha de ser cuanto antes!

—Sí, señor Donat. Me hago cargo de su situación. Estoy de acuerdo en que el remedio ha de ser puesto en seguida… Estas cosas no conviene dejarlas, porque luego se complican más…

—Celebro que estemos de acuerdo. Hugh.

El pistolero echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Hugh? —preguntó William Donat.

—Quiero esperar fuera a mis hombres. En cuanto lleguen, nos marcharemos hacia el rancho de Atkinson.

—Espera, Hugh…

—¿Tiene algo en contra de mi plan?

—Sí, desde luego… —Donat hinchó los pulmones de aire—.

Ahora no conviene dar un paso en falso.

—No le entiendo, señor Donat. Se está contradiciendo.

—No, no hay contradicción alguna en mis palabras. Una cosa es luchar por un aprovechamiento de aguas, y otra, que te presentes en el rancho de Atkinson y que organices una masacre. Eso daría oportunidad a una intervención del *sheriff*.

—¿Qué se le ocurre, entonces…?

—Algo mucho mejor —Donat se quedó unos instantes pensativo y luego se echó a reír—. Sí, Hugh, creo que es un plan que no puede fallar. Será el mejor final de la historia.

* * *

Selena Atkinson no sabía de Ralph y de Jimmy desde hacía varias horas. Tampoco tenía noticias del capataz Jerry Carson, que se había llevado a los muchachos para reunir las reses en Valle Seco.

La puerta se abrió violentamente. Selena vio que su criado, Tom, entraba por el hueco a trompicones. Tras el criado, apareció William Donat y otros dos hombres malcarados.

—Señor Donat, ¿qué significa esto…? —exclamó la joven.

—Le advertí que no fuese a la ciudad a llorar sus penas —repuso Donat.

La joven levantó la barbilla.

—Sólo lo hice por su propio bien.

—¿Por mi bien?

—Sí, señor Donat. Pensé que el representante de la ley tendría interés en convencer a usted de que desistiese de lo que ha propuesto, hacerse el dueño del rancho Atkinson.

William Donat esbozó una sonrisa.

—Lo voy a ser. Ya lo ve, el representante de la ley no le hizo ningún caso.

—No voy a necesitar al *sheriff* para conservar mis derechos.

—Oh, sí, ya sé… Se consiguió un par de hombres. Ralph Douglas y Jimmy Cárter… ¿Dónde están? No los hemos visto.

Selena corrió hacia la ventana y miró fuera. Delante de la casa había seis hombres pertenecientes al equipo de Donat. Se volvió furiosa hacia el ranchero.

—¿Sabe que está usted cometiendo un allanamiento, señor

Donat? —No podrá demostrarlo… No vinimos a ocupar su rancho, Selena. Sólo me llegué aquí como visitante. ¿No es lógico que un vecino guarde el debido respeto a una dama?

—¿Qué pretende ahora, señor Donat…? Si usted y sus hombres no encontraron a Ralph Douglas y Jimmy Cárter, creo que se deben marchar.

—Va a venir conmigo.

—¿Adónde…?

—A mi rancho.

—Se ha vuelto loco —la joven sonrió con sarcasmo—. ¿Ha creído que yo voy a ir a su casa…?

—Sí, Selena.

—¿Para qué?

—Es la mar de sencillo. Quiero utilizarla como cebo.

La joven agrandó los ojos.

—Es usted un miserable…

Donat continuó sonriendo.

—Cuando Ralph Douglas sepa que la tengo a usted, no tardará en ir a mi casa para rescatarla. Y, naturalmente, se llevará al rubio del as en la manga.

La joven echó a correr para salir por otra puerta, pero William era más ligero que ella y le interrumpió el camino.

Selena se detuvo.

—Señor Donat —dijo con la respiración entrecortada—. Renuncie a cometer esa villanía.

—Ya está decidido. La trampa va a ser montada. Una trampa que se cerrará cuando las dos piezas entren en ella.

—Cometerá un delito que está severamente castigado por la ley. Si me lleva a la fuerza, será un secuestro.

—Le repito lo que le dije antes… ¿Quién va a probar eso…?

—Yo lo probaré. —Será sólo su palabra… Ande, sea buena chica y venga conmigo por su propia voluntad.

—¡No iré!

Donat saltó sobre la joven y la atrapó por la cintura. Selena le pegó un zarpazo en la cara. William soltó un rugido, mientras sacaba el revólver. Selena fue a arañarle otra vez, pero el ranchero la golpeó con la culata del Colt en la cabeza. La joven perdió el conocimiento y William Donat la pudo tomar en brazos sin ningún

peligro.

CAPÍTULO XIII

—¿Qué vas a hacer con la chica, William? —preguntó Terry.

—La he traído para obligar a Ralph Douglas y a Jimmy Carson a que vengan aquí.

—¿Sólo por eso, William…? ¿No será que ella te gusta…?

—¿Y qué si me gusta?

—No puedes hacer conmigo eso. Suprimirme por otra mujer. William miró a la pelirroja.

—Cariño, ¿cuántas veces te he dicho que no me des la lata con esa canción…? Tú sabes que no te prometí nada y creo que ya va siendo hora de que empieces a pensar en largarte.

—William, yo te quiero.

—Claro. Yo sé por qué me quieres. Porque te iba a regalar un collar de perlas —el ranchero se echo a reír—. Y fuiste tan tonta que te lo creíste.

—¿Cómo…?

—Sí nena. Creíste a pies juntillas que te iba a comprar ese collar… Me has tomado por uno de esos estúpidos a los que engatusabas cuando te ganabas la vida en los saloons.

—Tienes una lengua de víbora, William.

Donat le pegó en la cara. La joven dio un chillido.

William se echó a reír y miró a Hugh Moore, que había interrumpido el solitario que hacía sobre la mesa.

—Hugh, ¿quieres a Terry…?

—Paso…

La pelirroja se puso en pie de un salto.

—De modo que acerté. Quieres sustituirme por Selena Atkinson.

—Te voy a sustituir con todos los honores, porque me voy a casar con ella.

—No puedes hacer tal cosa, William.

—¿Por qué no, muñeca?

—Ella no te quiere.

—¿Crees que eso importa…?

—Vi en sus ojos todo el odio que siente por ti. Te desprecia tanto como puede despreciar a un reptil.

—Anda, querida, desahógate si eso te divierte. Te queda muy poco tiempo de estar aquí…

La joven dio unos pasos hacia el ranchero.

—William, vas a cometer el mayor error de tu vida… Esa mujer nunca te amará como yo.

—¿Quieres que te diga la diferencia que existe entre ella y tú…? Tú me aburres y ella me atrae.

—Sólo es un juguete nuevo para ti, y yo el que ya usaste.

—Muy bonito, sí, señor. Muy bonito. Pero me quedo con el juguete nuevo.

—No conseguirás que ella dé su consentimiento.

—Te dije antes que eso no me preocupa. Tendrá que darlo.

—Ya sé. La engañarás.

—Si es necesario, la engañaré.

—¿Por qué, ahora, de pronto, te quieres casar con ella?

—Porque la tuve en mis brazos, mientras estaba desmayada y supe que es una mujer que lo reúne todo… Ten en cuenta que yo no la había conocido hasta que la encontré en el Nebraska… Es joven, bella, y ha recibido una buena educación… A todo eso, agrega una virtud que yo considero tan importante como las otras… Es la dueña del rancho Atkinson… ¿Te das cuenta, preciosidad…? Me podré casar con ella y ya nunca habrá guerras y no tendré que justificar lo que está pasando y lo que va a pasar… Una vez que ella sea mi esposa, puede odiarme todo lo que quiera, me tiene sin cuidado… Aunque yo sé que eso no ocurrirá… Llegará día en que ella sea una gatita obediente, tan obediente como tú…

Terry echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Donat.

Ella se volvió.

—Ya no me queda nada que hacer en esta casa… Me iré a Corpus Christi en seguida. Quizá tenga suerte y encuentre pasaje en algún barco hoy mismo.

—Daré orden para que te acompañe uno de los muchachos.
—No me hace falta.
—Entra aquí antes de marcharte. Te daré cien dólares.
—Tampoco necesito tu dinero.
—Deja de hacerte la orgullosa, Terry. ¿Por qué no hemos de despedirnos como amigos, si lo hemos sido durante tanto tiempo?
—Tú lo has hecho —repuso Terry, y salió definitivamente de la estancia.
El ranchero rió por lo bajo.
—Mujeres —dijo—. Todas son iguales.
—Yo no lo creo así —habló Moore.
—¿No…?
—Nunca se las debe tratar con desprecio, especialmente cuando nos han servido. ¿Por qué buscarse una enemiga sin necesidad?
—Guarda tu filosofía para ti, Hugh. Cuando quiera un consejo, te lo pediré…
—Desde luego. No me gusta enseñar a nadie.
—Lo tuyo es el revólver, Hugh… Tú no puedes enseñar otra cosa. Te pagué para ventilar este negocio y mi querido amigo Ralph Douglas todavía está vivo. Es lo único que debes tener en cuenta.

* * *

Selena oyó que se abría la puerta que comunicaba con la habitación adyacente y se incorporó en la cama. Su visitante era la pelirroja Terry, la amiga de William. Terry se puso un dedo en los labios para pedirle silencio.
—Señorita Atkinson, he querido hablar con usted antes de marcharme para siempre de esta casa… William Donat quiere casarse con usted.
—Eso es absurdo.
—Lo será para usted, pero no para él.
—Jamás lo logrará.
—Ya ha contado con que usted se opondrá y por ello no dudo que habrá pensado un medio para que dé su consentimiento.
Selena se quedó pensativa.
—De ese canalla se puede esperar cualquier cosa.
—Me he desengañado de que lo es —asintió Terry—. Me enamoré de él, señorita Atkinson… Resulta ridículo decirlo, pero es

la verdad. Pensé que él se daría cuenta algún día de que yo soy la mujer capaz de hacerlo feliz. Pero la ambición lo ciega, sólo quiere ser el más poderoso.

—Lo siento por usted…

—No se preocupe. La aventura acabó para mí. Pero usted es la que se queda, y creo que sus amigos no podrán hacer nada por ayudarla… La casa está rodeada por los hombres de William. Abajo está él y ese pistolero, Hugh Moore… Si sus amigos vienen, morirán.

—Espero que no vengan.

—Escuche, señorita Atkinson. Cuando llegue a Corpus Christi, iré a la oficina del *sheriff*. Quizá él pueda hacer algo.

—Gracias, Terry. Le deseo suerte.

Terry dio media vuelta y salió de la habitación, entrando en la suya. Se quedó helada al ver en el umbral a William Donat. El ranchero echó a andar hacia la pelirroja.

—¿Qué has hecho, perra…?

—Nada, William, te lo aseguro, no he hecho nada… —contestó ella, retrocediendo.

—Has hablado con Selena… Quiero saber lo que le dijiste.

—Sólo que tú te ibas a casar con ella. Nada más que eso…

—No te puedo creer, querida. Le dirías algo más.

Terry dejó de retroceder, porque encontró la pared a su espalda. Donat se detuvo muy cerca de la pelirroja.

—A ver si te adivino el pensamiento, preciosa. Le dijiste que irías a contárselo al *sheriff*.

—Te juro que no…

—Fue eso, ¿eh…? Lo acerté.

Donat la golpeó con el revés de la mano y la joven cayó en el suelo.

—¡Quiero marcharme, William!

—Ya no te irás. Hugh no te quiso, pero te querrán mis hombres…

—¡No, William, eso no…!

—Debería matarte por ser una traidora, pero quizá el destino que te voy a dar sea peor que la muerte.

—William, por favor… He hecho siempre lo que tú has querido… No me trates así. Te prometo que no hablaré con el

sheriff. Sólo quise vengarme de ti, pero ahora te pido perdón… ¿Lo ves…? Yo no quiero vengarme.

Donat se apartó de ella para salir de la habitación.

Terry se abrazó a sus piernas.

—¡William, deja que me marche…!

Él le pegó un rodillazo, alejándola de sí.

De pronto, la ventana saltó hecha añicos, al tiempo que un cuerpo humano se introducía en la habitación.

William Donat, que había llegado a la puerta, se volvió, tirando del revólver. Lanzó un rugido de triunfo al ver que el hombre que había entrado por la ventana era Ralph Douglas y que todavía rodaba por el suelo.

Hizo fuego, pero Ralph dio una vuelta más y el proyectil picoteó en la madera. Luego, de bruces, apretó el gatillo dos veces. William Donat se tambaleó, dejando caer el Colt, porque los dos proyectiles se le habían incrustado en el estomago.

Se abrió bruscamente la puerta que comunicaba con la habitación de al lado y entró Selena.

—¡Ralph! —gritó.

El ranchero, con los ojos desorbitados, se apoyó en la pared y resbaló hasta quedar sentado en el suelo.

Terry corrió hacia él. La cara de Donat se crispó en un gesto de dolor.

Otro hombre entró por el hueco de la ventana y rodó por la habitación. Se oyeron varios disparos y los proyectiles agujerearon la pared.

Jimmy Cárter se levantó, sacudiéndose las perneras del pantalón.

—Demonios, Ralph, parece que hubo suerte… Valió la pena que hiciésemos de contorsionistas por el techo…

En aquel momento, William Donat expiró, y Terry lo abrazó sollozando.

—Jimmy —dijo Ralph—. Asoma la cabeza por la ventana y di a esos tipos que Donat murió.

—¿Que asome la cabeza…? Me la arrancarán de un balazo.

—Inténtalo, mientras yo voy en busca de Hugh Moore.

Selena echó a correr hacia Ralph, y éste la estrechó contra sí.

—¿Por qué has cometido esta locura? Ralph…

—Te lo diré luego… La besó en los labios y la apartó de sí.

Abrió la puerta y salió con precaución. No había nadie en el corredor.

—Moore… —llamó.

Le llegó la respuesta desde la escalera:

—¿Qué le pasó a mi patrón, Douglas…?

—Está muerto.

—Tuve la corazonada de que él no iba a vivir mucho. También la tuve de que usted iba a acabar de jugar a los naipes, Douglas.

—Qué coincidencia, Moore, también yo tuve el mismo presentimiento. Que iba a dejar el juego por la cría de reses.

—No lo decía con esa intención…

—Ya sé, Moore. Usted piensa que me va a matar.

—Eso es, Douglas.

Hugh Moore apareció por la esquina disparando como un demonio. Ralph se dejó caer sobre la cadera derecha, pero en el camino ya estaba apretando el gatillo.

Moore se arrugó al recibir un plomo en el estómago. Bajó el revólver, e hizo una mueca.

—Douglas… —dijo—. Lo quise engañar… No quería enfrentarme con usted… No quería porque hace unas noches soñé que yo nunca llegaría a México… Que nunca vería a aquellas mujeres de ojos negros… y piel canela…

Luego se derrumbó y quedó inerte.

En aquel momento salieron Selena y Jimmy de la habitación.

—Ralph —dijo Jimmy—. Los hombres de Donat se están retirando.

Ralph se acercó a Selena y le pasó el brazo por la cintura.

—Ahora te lo puedo decir. Vine porque no quería perder a la única mujer capaz de hacerme dejar el juego. La abrazó con fuerza y la besó en la boca.

—Eh, Ralph —dijo Jimmy—. Me largo en seguida a Corpus Christi… Ya sabes, tengo ganas de hacer algo por el prójimo. —Echó a andar hacia la escalera, mientras agregaba—: Lo malo es que no sé a quién de las dos elegir. Tendré que echarlo a suerte entre Lupe y Marilyn…

Fin